

# teatro-mínimo

t

Paz Buelta Serrano  
Gabriel Fuentes  
Carlos Garbajosa  
Miguel Nieto  
Paz Palau  
África Hurtado  
Javier Sahuquillo  
Ginés Sánchez  
Juan Valle

 1831  
Real  
Escuela  
Superior  
de Arte  
Dramático



RESAD

Departamento  
de **Escritura  
y Ciencias  
Teatrales**

**n° tres**

RESAD

Departamento de Escritura y Ciencias Teatrales





Directora: Yolanda Pallín

Consejo Editorial: Yolanda Pallín, Itziar Pascual y Pedro Vállora

© RESAD

© Paz Buelta Serrano

© Gabriel Fuentes

© Carlos Garbajosa

© Miguel Nieto

© Paz Palau

© África Hurtado

© Javier Sahuquillo

© Ginés Sánchez

© Juan Valle

Foto de la portada: Julián Peña, *Muerte miseria* RESAD 2011

Lugar y año de edición: Madrid 2014

ISSN 2254-5999

## ÍNDICE

*Teatro de circunstancias*, Yolanda Pallín 07

### TEXTOS

*Elia y el saber menor*, Paz Buelta Serrano 09

*Desguace*, Gabriel Fuentes 21

*Bill Pastrycook*, Carlos Garbajosa 33

*Horror vacui*, Miguel Nieto 43

*Ceremonias de cartón*, Paz Palau 55

*Tercer nivel*, África Hurtado 67

*Caja de música*, Javier Sahuquillo 77

*La fortaleza*, Ginés Sánchez 89

*Uno, dos y Frankie*, Juan Valle 99



## *Teatro de circunstancias*

Hemos dado en llamar teatro de circunstancias a aquel que surge de necesidades concretas, a menudo de tipo social, ideológico o político. No podemos olvidar que, si el arte todo depende del contexto en que se produce, el teatro es una de las artes más relacionadas con el aquí y ahora en el que nace. Es imposible entender del todo las comedias de nuestro Siglo de Oro sin conocer el funcionamiento de un corral; o la tragedia griega sin apreciar el nacimiento de la democracia. Y, a pesar de ello, su poder comunicativo excede los límites que las condicionaron. También hablamos de teatro útil o teatro urgente. Y, por supuesto, está el teatro de encargo.

El teatro breve contenido en este volumen es teatro de circunstancias: su primer objetivo fue el trabajo en el aula. Y también es, como casi todo el teatro de circunstancias, un teatro hecho por encargo.

Los textos que están a punto de leer han sido escritos por alumnos de segundo curso de Dramaturgia de la RESAD en la clase de Prácticas de Escritura Dramática. Cada alumno de esta asignatura recibe el encargo de escribir una serie de piezas breves muy condicionadas en su estructura interna; y, sin embargo, son totalmente libres de elegir el contenido y el tono de las mismas.

Melodrama, sátira social, retablo simbólico, realismo sucio, apunte del natural... Estamos ante obras que defienden con uñas y dientes su identidad creativa. La variedad y riqueza de las propuestas contenidas en este tercer volumen de *Teatro Mínimo* da prueba de la autonomía condicionada que ha presidido la escritura de estas obras. Podríamos ofrecer a los alumnos una ilusión de libertad extrema pero ¿alguien es del todo libre a la hora de escribir? ¿No estamos condicionados por las formas y temas de nuestro tiempo, por nuestras lecturas, por los compañeros actores a los que dirigimos nuestros escritos, por la idea de lo que el teatro nos pide o nos exige? ¿No escribimos siempre a la manera de alguien mientras intentamos descubrir quiénes somos nosotros? A veces eso se descubre muy pronto. Otras veces se tarda toda la vida. En alguna rara ocasión el autor en cuestión decide cambiar de lengua para llegar a lo esencial.

Los caminos del mejoramiento en el arte son misteriosos, tan variados como aquellos que deciden recorrerlos. Y sólo será considerado artista el que haga conciliar su deseo con las expectativas secretas de la tribu; el que revele a los suyos, o a los futuros, un presente vivo pero casi imperceptible.

Los alumnos de Dramaturgia que estudian en la RESAD proceden de muy diferentes lugares y cuentan con muy diversas formaciones previas. Esa es una de nuestras mayores riquezas como institución y una de las mejores ventajas del trabajo en el aula. El escritor escribe en soledad. Tarde o temprano ha de dedicarle unas horas a la hoja, o al

## 8. TEATRO MÍNIMO Nº 3

teclado. Pero pocos escritores necesitan tanto la fricción como el dramaturgo, por eso estamos convencidos de que el trabajo de taller y la constante puesta en común forman parte no sólo del proceso de aprendizaje sino del hecho mismo de creación . En arte es prácticamente imposible establecer una jerarquía entre dichas fases porque se sucederán, y entremezclarán, a lo largo de la vida del artista.

Debajo de cada pieza están sus circunstancias, pero lo que hace arte al arte permite que la obra se eleve por encima de dichos condicionantes. Una obra breve no siempre es una obra pequeña y una primera obra no ha de ser necesariamente una obra primeriza. En cada ejercicio, en cada tentativa, en cada escena... la verdad, y la belleza, pueden estar agazapadas detrás de cualquier mínimo gesto, esperando su momento. Sólo se trata de que las musas nos encuentren trabajando.

YOLANDA PALLÍN



*Elia y el saber menor*

Paz Buelta Serrano

10. TEATRO MÍNIMO Nº 3

11. *ELIA Y EL SABER MENOR*, PAZ BUELTA SERRANO

**Personajes:**

ELIA

FACUNDO

## 12. TEATRO MÍNIMO Nº 3

(«Trastienda» de un bar, sala junto a la cocina que usan los trabajadores como comedor y vestuario. Una mesa, unas sillas, un par de taquillas. Sobre la mesa unas cuantas revistas en un montón, una chica lee una en voz alta, con dificultad, y garabatea –copia en un cuaderno partes de lo que lee.)

ELIA.- Lo...que...no sabí..sabí..sabía Doña Cristina ddde los negó-ci-os dugaganin.

(Entra un hombre corpulento, grande... vamos gordo, y al nivel de su bar en lo que a gra-siento se refiere. Viene vestido de calle y según entra se acerca a la taquilla para comenzar a cambiarse.)

FACUNDO.- Hola culo gordo.

ELIA.- Jobá... ¡todo el día igual!

FACUNDO.- ¿Qué pasa, no te hace gracia que te llame así?

ELIA.- Pues no.

FACUNDO.- ¿Mejor culito gordito?

ELIA.- ¡Oye!

FACUNDO.- ¿Culititito requetegorditito?

ELIA.- ¿A que te hago cosquillas?

FACUNDO.- (*Ríen.*) ¿Qué estás leyendo? ¡Otra vez esa revista! ¿Por qué no pruebas con la que te traje el otro día?

ELIA.- Ya.

FACUNDO.- No, «ya» no. Que por qué no la lees, si es muy divertida.

ELIA.- (*No contesta.*)

FACUNDO.- A ver, ¿dónde está?

ELIA.- (*No contesta.*)

FACUNDO.- Bueno, vamos a ver por aquí.

ELIA.- No, no toques. Espera. (*Metódicamente cuenta cinco revistas del montón y saca exactamente la sexta.*)

FACUNDO.- ¡Ay!, tú y tus cosas. En fin, mira: una niña se balancea en un columpio, pone los pies en el suelo y dice «una vez pones los pies en el suelo, se acabó la diversión» (*FACUNDO ríe, ELIA no.*) ¿Lo entiendes?

ELIA.- (*No contesta.*)

FACUNDO.- Ya veo... Pero está lleno de dibujos muy bonitos, ¿no? Mira.

ELIA.- Sí. Por eso.

FACUNDO.- Por eso ¿qué? Los dibujos los entiende cualquiera, los entiende hasta un niño.

ELIA.- Por eso.

FACUNDO.- Por eso ¡¿qué?!

ELIA.- *(No contesta. Silencio.)*

FACUNDO.- Ah, es por eso. No la quieres porque es una revista para niños. Vale, muy bien. Normal, supongo. ¡Joder, ya me he vuelto a equivocar! Pues sí que es difícil acertar contigo. Coño, es que no me gusta que leas tanto esas revistas de marujas, que así están todas ellas luego.

ELIA.- A mí me gusta.

FACUNDO.- Ya lo sé, pero tiene que haber algo mejor. Bueno, no sé, seguiré mirando a ver qué encuentro. *(Tira la revista a una papelera.)*

ELIA.- ¡No!

FACUNDO.- Pero si no la vas a leer ¿para qué la quieres?

CAMARERO.- *(Desde fuera.)* ¡Señor Facundo!

FACUNDO.- ¿¡Qué quieres!?

CAMARERO.- ¡Le llaman!

FACUNDO.- ¡Ya voy! ¿Y ahora qué leches querrá? No si, ya verás, entre este y tú hoy no me dejáis cambiarme. ¡Frito! Frito me tenéis. *(Mientras sale.)* ¿Has hecho ya los deberes?

ELIA.- ¡Yo no tengo deberes! Son las tareas de apoyo sustitucional.

FACUNDO.- Asistencial, apoyo asistencial. A ver, dilo.

ELIA.- Ay, ¡jobá!

FACUNDO.- Bueno, como quieras pero cuando vuelva te los miro.

ELIA.- ¡Mmmm!

FACUNDO.- ¡No me gruñas y termínalos! *(Desde fuera.)* ¡Culito!

ELIA.- Qué pesa' o.

*(Se acerca a la papelera, coge la revista, la limpia, le da un beso. Vuelve a sentarse y la coloca exactamente donde y como estaba antes. Pausa.)*

FACUNDO.- *(Se oyen desde fuera sus gritos contestando a alguien.)* ¡Ah, sí! ¡Pues yo y mi bar grasiento la hemos cuidado muy bien estos años!...¡No me digas que me calme, este sitio es mío y aquí mando yo, y hago lo que me sale de los cojones!...¡No te pongas melodramático! ¡Te presentas aquí con tu cara bonita y ¿qué quieres que le diga yo?!...Tú sí que no te enteras de nada, cazurrón...No la pienso obligar, que lo sepas, hará lo que ella quiera. *(Entrando.)* ¡Elia!

ELIA.- ¡Ya voy, ya voy!

FACUNDO.- ¿Eh?

ELIA.- Ya saco las tareas, no te enfades.

FACUNDO.- ¿Qué? No, si no me enfado hija. No me enfado contigo...

ELIA.- ¿Roberto te tiene frito?

FACUNDO.- ¿Eh? (*Riendo.*) Sí, eso, me tiene frito... Oye, ¿sabes una cosa? ¡Han venido a verte!

ELIA.- ¿A mí? ¿Quién? ¿Es Arturo? ¡Es más guapo tío! El otro día me dijo que me iba a venir a buscar a casa para salir al cine, pero ha venido aquí. (*Ríe.*) ¿Me dejas, pfofa'?

FACUNDO.- No...

ELIA.- ¡pfofa', pfofa', pfofa'!

FACUNDO.- Elia, que no es ese tal Arturo.

ELIA.- ¿No? ¡Jobá! Y cuándo venga, ¿me vas a dejar salir con él?

FACUNDO.- No lo sé, no me gusta el tema de los chicos. Ya sabes lo que pasó la última vez.

ELIA.- Mmmm, ¡no me lo digas otra vez! (*Vuelve a leer sus revistas. Silencio.*) ¿Qué te pasa?

FACUNDO.- ¿A mí? Nada, ¿por qué?

ELIA.- Te quedas ahí tan para'o... ¿No te vas a vestir hoy?

FACUNDO.- ¡Ah sí! Voy. (*Se acerca a la taquilla y comienza a cambiarse la camisa y a ponerse el mandil.*) Entonces, ¿no quieres saber quién ha venido?

ELIA.- Sí.

FACUNDO.- A ver si adivinas, es alguien que hace mucho tiempo que no ves y que seguro que tienes muchas ganas.

ELIA.- ¿Natalia?

FACUNDO.- Si a Natalia la viste ayer.

ELIA.- Ya. Me gusta verla.

FACUNDO.- Vale, pero no es Natalia. Es alguien que quieres mucho y que estábamos esperando.

ELIA.- Pues no sé.

FACUNDO.- Anda, piensa un poco.

ELIA.- Pues es que no sé, si no es Natalia ni Arturo...

FACUNDO.- ¡Elia!

ELIA.- ¿Qué?

FACUNDO.- ¡Coño, que no! ¡Que no son ninguno de los dos!

ELIA.- ¡Ay no me grites! (*Vuelve a mirar a sus revistas.*)

FACUNDO.- Vale, perdona. (*Silencio.*) Son papá y mamá. (*ELIA no levanta la vista de las revistas.*) Elia, que han vuelto papá y mamá. ¿Me oyes? ¡Elia!

ELIA.- ¡Ay, ¿qué?!

FACUNDO.- Que son tus padres.

ELIA.- ¡Vale!

FACUNDO.- ¿No te alegras?

ELIA.- Sí.

FACUNDO.- Pues venga, vamos a verlos.

ELIA.- ¿Ahora?

FACUNDO.- Sí, ahora, ¿cuándo quieres ir si no? Están ahí fuera tomándose un café.

ELIA.- Ahora no me apetece.

FACUNDO.- Y entonces ¿cuándo? No van a estar esperando eternamente, ya llevan un rato. Se van a cansar y se van a ir.

ELIA.- Que se vayan.

FACUNDO.- ¿Qué dices? Con la de tiempo que llevas sin ver a tus padres.

ELIA.- Ya no son mis padres.

FACUNDO.- ¿Cómo dices eso?

ELIA.- Ya no son mis padres y yo no soy su hija, ¡me dejaron tirada como una colilla!

(Pausa.)

FACUNDO.- No, eso no es así. Te fuiste tú, ¿no te acuerdas?

ELIA.- No estaban nunca en casa, no me hacían ni caso. ¡Natalia sí me quiere, ¿vale?! ¡Ella es mi dadadora laboral! ¡Si ella me dice que me puedo ir si quiero, es que me puedo ir! ¡Para eso está la residencia!

FACUNDO.- ¡Menuda residencia! ¡Dónde no te hacían ni caso! Eso no se le ocurrió a Natalia antes de darte ideas, ¿no?

ELIA.- ¡Yo ya soy mayorcita de edad y puedo hacer lo que me dé la gana!

FACUNDO.- ¡Sí, ya lo hemos visto todos! Después somos los demás los que tenemos que pagar tus platos rotos.

ELIA.- ¡Ellos no fueron a buscarme nunca desde que me fui! ¡Y se fueron de casa!

FACUNDO.- Sí, eso es verdad, y no estuvo bien. Se fueron a vivir al extranjero y se olvidaron de nosotros. Pero fue porque les salió un trabajo muy bueno en el que iban a ganar mucho más dinero que aquí. Y ahora han vuelto y todo está bien. Ya no tienen deudas, ya no se van a pelear entre ellos...

ELIA.- ¿Y conmigo?

FACUNDO.- Ni contigo. Además tienen mucho más tiempo; tu mamá ya no tiene que trabajar así que ya no te van a dejar sola. Y lo más importante, por fin parece que tienen las ideas claras y quieren estar contigo otra vez. Te echan de menos. (Pausa.)  
¿Salimos a verlos, entonces?

ELIA.- ¿Vienen a buscarme para irme hoy?

FACUNDO.- No, no hace falta. Podemos verles un rato, nos tomamos algo juntos, hablamos. Y no tienes que irte hoy, a lo mejor mañana...

ELIA.- No, no, mañana no.

FACUNDO.- Tendrán ganas de estar contigo lo más pronto posible, lleváis mucho tiempo separados y te echan de menos.

ELIA.- A mí qué me importa. Yo no. No quiero ir, yo quiero quedarme contigo.

FACUNDO.- ¿Y yo qué? ¿Es que aquí a nadie le importa lo que yo quiero? Yo tenía una vida, ¿sabes? Vivía muy bien y muy tranquilo con mi bar y mis amigos. Mis partiditas de mus los viernes, disfrutar del fútbol en la tele con el bar abierto y yo detrás de la barra, como un cliente más, pero venga a entrar dinero. Un buen Madrid-Barça. M<sup>a</sup> Dolores Pradera en la radio a todo volumen y Margarita sonriéndome desde el final de la barra. Los chistes de Roberto el día que nos apetecía desayunar carajillos, las quinielas con reintegro... No tenía más preocupaciones que las que yo quería, las que yo decidía. Pero desde que me llamó Natalia para que te fuera a ver a esa residencia...cuando te vi allí, tan apagada, se me cayó el alma a los pies. Además ese cabrón de mi hermano se había ido, ¡y del país nada menos! Cómo iba a dejarte así... Pero si había decidido no tener hijos era por algo, y de pronto me veo teniendo que tomar decisiones, cuidar y educar a alguien que yo ni siquiera he elegido. Ya no puedo ir a bailar con Marga porque tengo que recogerte del centro, no puedo tomar vinos para no dejar de prestarte atención, ¡joder! si hasta hay veces que no puedo jugar al mus porque si no tú no juegas a los bolos con tu grupo de ocio. Y ahora que por fin vuelven, que parece que de una puñetera vez se han puesto la cabeza sobre los hombros y los huevos en la mano, que hasta parecen reformados y son ellos los que vienen a pedir que vuelvas y nadie ha tenido que perseguirlos ni convencerlos... ahora tampoco va a poder ser porque a ti no te da la gana ni siquiera salir a decir hola.

*(Silencio.)*

ELIA.- Entonces, tú no quieres que me quede. Vale, vale.

FACUNDO.- No Elia, no es eso. No digas eso, por favor.

ELIA.- Vale, vale. Pues me vuelvo a la residencia.

FACUNDO.- Eso sí que no, puedes hacer lo que quieras pero no te voy a dejar volver allí ni de broma. Eso lo tienes prohibido.

ELIA.- Entonces ¿qué hago? Ni con ellos, ni a la residencia, ni contigo. ¿Qué hago?

FACUNDO.- No, conmigo si te puedes quedar, solo es que... *(Silencio.)*

ELIA.- ¿Y voy a poder seguir yendo al centro?

FACUNDO.- Sí, claro.

ELIA.- ¿Y si no me dejan ir? No quiero ir en la ruta, no me gusta, es de niños. Me gusta ir sola, pero ellos nunca me dejaban.

FACUNDO.- Ya verás como ahora si te van a dejar porque ya sabes hacerlo. Antes te perdías, pero en este último año has aprendido muchas cosas que ahora haces muy bien. Ya no es como antes y eso lo van a entender.

ELIA.- ¿Me vas a seguir llevando tú los martes a baile?

FACUNDO.- Imagino que no, te llevarán ellos.

ELIA.- ¿Y si no me llevan? Yo sola no puedo ir, está muy lejos. Seguro que no me llevan, nunca tienen tiempo. No, no quiero ir.

FACUNDO.- Mira, aunque no queramos vas a tener que volver. Ellos son tus padres, tienen tu custodia. Si nos llevan a juicio no tenemos nada que hacer.

ELIA.- ¿Por qué no? Natalia dijo que no tenía que volver.

FACUNDO.- Natalia es tu preparadora laboral, algo sabrá de leyes pero no es abogada.

ELIA.- Pero ella...

FACUNDO.- ¡Ya está bien! ¡Vale de charlas! Te levantas ahora mismo y vienes conmigo a verles o te tiro todas las revistas.

ELIA.- ¡No!

FACUNDO.- Pues venga, levanta.

ELIA.- ¡No!

FACUNDO.- ¿No? Muy bien

*(Se acerca al montón de revistas y va a cogerlas todas a la vez.)*

ELIA.- ¡No, no las tires! ¡No! Son mías, ¡pfofavol! ¡No pfofavol!

FACUNDO.- Vale. Vale, tranquila. No las tiro, tranquila, tranquila, no te pongas así. Ven aquí cariño. *(Se abrazan.)* Ay, ay, ay, el culito gordito...

ELIA.- ¡Oye! *(Le hace cosquillas. Ríen.)*

FACUNDO.- Si no hace falta ponerse así, ¿no ves que no hay que decidir nada? Solo sales y pruebas. Ves qué tal, si te gusta o no...

ELIA.- Ya.

FACUNDO.- Entonces venga.

ELIA.- No quiero ir sola. ¿Vienes conmigo?

FACUNDO.- Es que...

ELIA.- Pfofa'.

FACUNDO.- Eh... bueno, vale. Voy contigo, vamos. *(ELIA no se mueve.)* ¿Ahora qué?

ELIA.- Es que... tengo miedo.

FACUNDO.- Cariño, ¿de qué? Oye, no llores... Si no va a pasar nada... Me pones triste a mí también y no quiero... Bueno mira, vamos a hacer una cosa: tú te quedas, ¿vale? ¿Es eso lo que quieres?

ELIA.- ¡Sí!

FACUNDO.- No se hable más entonces, aunque estemos apreta'os nos quedamos juntos, ¿vale?

ELIA.- ¡Vale! ¡Bien!

FACUNDO.- Pero ya que están aquí, ¿no quieres tomarte un batido con ellos? Con nata, como a ti te gustan.

ELIA.- ¿En serio? ¿¡Puedo!?

FACUNDO.- Claro, un día es un día. Ve a decirle a Roberto que te lo haga y te lo lleve a la mesa. Tú espérame sentada que ahora mismísimo voy yo. Voy a por la nata, ¿vale?

ELIA.- Vale, pero no tardes, ¿eh?

FACUNDO.- No, tranquila. ¡Elia!

ELIA.- ¿Qué?

FACUNDO.- Te quiero mucho princesa.

ELIA.- Y yo a ti Facu.

FACUNDO.- Que no me gusta que me llames... *(ELIA ríe.)* Mira que eres.

*(Ríen los dos. ELIA sale. FACUNDO pasa de la risa al llanto. Se quita el mandil y vuelve a vestirse de calle.)*

FACUNDO.- Es así como tiene que ser.

*(Coge el abrigo y se va por otra puerta, la puerta de atrás.)*





*Desguace*

Gabriel Fuentes

## 22. TEATRO MÍNIMO Nº 3

23. *DESGUACE*, GABRIEL FUENTES

**Personajes:**

SEBASTIÁN, 28 AÑOS

ALFREDO, 30 AÑOS

## 24. TEATRO MÍNIMO Nº 3

*(Un desguace. La escena transcurre dentro de un autobús adaptado humildemente como sala de estar. Una mesa en un lateral. Un viejo armario con dos grandes puertas de madera maciza. Un sofá de cuero granate rasgado en el fondo del autobús. Una nevera. Un hornillo sobre el que hay una olla de agua hirviendo. SEBASTIÁN pica carne compulsivamente hasta quedar agotado. Se sienta en el viejo sofá y mira una foto que hay en la pared. Un gato se le sube al regazo, lo acaricia mientras susurra algo. Se oye el goteo del agua de la lluvia sobre el techo metálico del autobús. A lo lejos, el ladrido incesante de un perro. Se abre bruscamente la puerta. El gato salta del regazo y sale disparado por un agujero que hay en el suelo, en un extremo del autobús. Entra ALFREDO, de espaldas a SEBASTIÁN. ALFREDO tiene un marcado acento alemán.)*

ALFREDO.- *(Sacudiéndose.)* ¡El traje! *(Se da la vuelta.)* ¡Sebas!

SEBASTIÁN.- *(Acercándose.)* No me lo puedo creer... ¿Alfredo?

ALFREDO.- *(Abrazándole efusivamente.)* ¡Cuánto tiempo!

SEBASTIÁN.- Sí. No esperaba volver a verte. *(Silencio.)* Estás muy cambiado.

ALFREDO.- ¡Tú estás igual que siempre!

SEBASTIÁN.- *(Sonrojado.)* Te veo muy bien.

ALFREDO.- *(Riendo.)* El traje queda para el arrastre.

SEBASTIÁN.- Seguro que podrás hacer algo.

ALFREDO.- ¡Comprar uno nuevo!

SEBASTIÁN.- ¿Y qué haces tú por aquí?

ALFREDO.- He venido a hacer negocios.

SEBASTIÁN.- Y has aprovechado para dejarte caer.

ALFREDO.- Eso. Sí.

SEBASTIÁN.- Es raro verte.

ALFREDO.- Ha pasado mucho tiempo.

SEBASTIÁN.- Mucho. *(Silencio.)* Está cayendo una buena...

ALFREDO.- Sopla un viento descomunal. ¡Menudo día!

SEBASTIÁN.- Eso es impredecible.

ALFREDO.- *(Silencio.)* Bueno... Veo que esto sigue en pie.

SEBASTIÁN.- Lo intento.

ALFREDO.- Siempre los has tenido bien puestos, de eso no hay duda.

SEBASTIÁN.- Ya... ¡Ten cuidado, corta!

ALFREDO.- ¿Y todo este pelo?

SEBASTIÁN.- *(Seco.)* Nada.

ALFREDO.- *(Silencio.)* ¿Cuánto llevas al frente?

SEBASTIÁN.- Desde que murió la abuela.

ALFREDO.- Ah...

SEBASTIÁN.- *(Seco.)* Ya.

ALFREDO.- No pude venir.

SEBASTIÁN.- Claro.

ALFREDO.- (*Silencio.*) Estoy viviendo en Stuttgart.

SEBASTIÁN.- Aha.

ALFREDO.- (*Riendo.*) ¡La tierra prometida!

SEBASTIÁN.- (*Cortante.*) Tu familia está preocupada.

ALFREDO.- Me pasaré a verlos mañana. (*Silencio. Mirando por una ventanilla.*) No tiene nada que ver con esto.

SEBASTIÁN.- ¿Qué?

ALFREDO.- Stuttgart.

SEBASTIÁN.- Me imagino. (*Un tiempo.*) ¿Quieres tomar algo?

ALFREDO.- Una cerveza.

SEBASTIÁN.- (*Abriendo la nevera.*) ¿Cacaolat o un poco de cava sin gas? Es todo.

ALFREDO.- (*Riendo.*) ¿Cacaolat?

SEBASTIÁN.- Soy de ideas fijas.

ALFREDO.- Cacaolat, entonces. Caliente.

SEBASTIÁN.- (*Sirve una taza de Cacaolat y la introduce en el microondas. Salta un chispazo y se apagan las luces del autobús.*) ¡Mierda, otra vez! (*Se quita la chaqueta y se cubre la cabeza. Sale del autobús. Mientras, ALFREDO toquetea el armario y sus puertas de madera maciza. Un ruido, las deja. Va hacia el microondas y saca la taza. Bebe. Cuando se gira, el gato ha vuelto.*)

ALFREDO.- ¡Pss! Minino, ven. ¡Pss, Pss, Pss! (*Vuelve la luz.*) No te asustes. ¡Pss, Pss!

SEBASTIÁN.- (*Entrando.*) ¡Joder, qué frío! No se acercará. Es muy desconfiado.

ALFREDO.- Recuerdo montones de gatos correteando entre los coches...

SEBASTIÁN.- Pronto no quedará ninguno.

ALFREDO.- ¿Y eso?

SEBASTIÁN.- De aquí se van hasta los gatos. (*Silencio.*) Al final lo estás tomando frío.

ALFREDO.- No importa.

SEBASTIÁN.- Si hubiese sabido que venías...

ALFREDO.- (*Un perro ladra.*) Lo he decidido así, de repente.

SEBASTIÁN.- (*Un momento.*) Me gusta que estés aquí.

ALFREDO.- A mí también. (*Silencio. Mirando por la ventanilla.*) ¡Ese chucho tiene más años que yo!

SEBASTIÁN.- El pobre ya está ciego, aunque no se le escapa una.

ALFREDO.- El muy cabrón tiene malas pulgas. (*Ríe.*) Recuerdo cuando se me tiró encima.

SEBASTIÁN.- (*Ríen.*) Conservas el brazo gracias a tu padre...

ALFREDO.- ¡Increíble!

SEBASTIÁN.- Ahora está ahí, solo, con pocos gatos a los que asustar y poca gente a la que hincar el diente...

ALFREDO.- El desguace está muy desolado, Sebas.

SEBASTIÁN.- No especialmente.

ALFREDO.- Sebastián...

SEBASTIÁN.- Pronto irá mejor.

ALFREDO.- ¿Ah, sí?

SEBASTIÁN.- (*Rotundo.*) Sí.

ALFREDO.- ¿Algún plan?

SEBASTIÁN.- No. Bueno... sí.

ALFREDO.- (*Ríe.*) Cuéntame, primo.

SEBASTIÁN.- ¿Qué quieres que te cuente?

ALFREDO.- El plan.

SEBASTIÁN.- ¿Qué plan?

ALFREDO.- ¿Qué piensas hacer?

SEBASTIÁN.- Lo que haga falta.

ALFREDO.- ¿Y qué hace falta?

SEBASTIÁN.- Oye, no pretendas...

ALFREDO.- Sólo me preocupo por ti.

SEBASTIÁN.- ¿Así, de repente? Es gracioso, reapareces con ese ridículo acento alemán, a pedirme explicaciones de cómo estoy llevando el negocio que un día decidiste olvidar.

ALFREDO.- No pretendo pedirte explicaciones. Es sólo que...

SEBASTIÁN.- ¿Te has dado una vuelta por ahí?

ALFREDO.- (*Sin entender.*) He venido directo desde el aeropuerto. ¿De qué te ríes?

SEBASTIÁN.- Este país ha tocado fondo.

ALFREDO.- Pues deberías mover ficha y no esperar ahí sentado.

SEBASTIÁN.- No estoy esperando.

ALFREDO.- Lo estás, Sebas.

SEBASTIÁN.- ¿Los alemanes sois muy listos, no?

ALFREDO.- No soy alemán.

SEBASTIÁN.- Sólo llevas aquí diez minutos y ya sabes más que yo en cuatro años.

ALFREDO.- Es más que evidente.

SEBASTIÁN.- ¡Las palabras de un triunfador!

ALFREDO.- No seas tan...Te aprecio. (*Silencio.*) Deberías deshacerte del desguace y largarte de este país de mierda.

SEBASTIÁN.- (*Imitándole.*) Deberías, deberías. (*Agresivo.*) ¿Cómo hiciste tú?

ALFREDO.- (*Contundente.*) Sí.

SEBASTIÁN.- Yo no soy de los que abandonan.

ALFREDO.- Yo tampoco.

SEBASTIÁN.- ¿Ah, no?

ALFREDO.- Aquí no hay futuro. Ni lo habrá nunca.

SEBASTIÁN.- Siempre has sido un tremendista...

ALFREDO.- Es mejor irse.

SEBASTIÁN.- ...ya lo decía la abuela.

ALFREDO.- La abuela decía muchas estupideces...

SEBASTIÁN.- ¡Te estás pasando!

ALFREDO.- ...y tú te las creías todas. Eras incapaz de diferenciar unas de otras.

SEBASTIÁN.- Muchas se cumplieron.

ALFREDO.- (*Fuera de sí.*) ¡Era una vieja mentirosa que te ha dejado un montón de chatarra, y una deuda imposible de pagar! ¡Si no haces algo pronto...!

SEBASTIÁN.- (*Suena un estruendo metálico a lo lejos.*) ¿Y tú qué sabes?

ALFREDO.- ¡Sé lo suficiente!

SEBASTIÁN.- ¿Lo suficiente? ¡No me des la espalda cuando te hablo!

ALFREDO.- Sebas...

SEBASTIÁN.- ¿De dónde has sacado esa información?

ALFREDO.- (*Precipitado.*) Mi familia...

SEBASTIÁN.- (*Interrumpiéndole.*) ¡Mientes!

ALFREDO.- No estoy mintiendo.

SEBASTIÁN.- Hace meses que no hablas con ellos. (*Un momento.*) Ha sido Andrés, ¿verdad? ¡No me gires la cara! Ese cerdo lleva tiempo queriendo echarme de aquí, ¿sabes? Y ahora te ha mandado a ti. ¡Increíble! Ya me extrañaba... Quiere comprar el desguate y construir apartamentos o vete a saber qué. ¡En los otros aún ni ha empezado!

ALFREDO.- Construirá un complejo residencial. Un porcentaje razonable en alquiler social...

SEBASTIÁN.- Pareces un anuncio. ¿Viviendas? ¡Es justo lo que necesita este país! Además, este suelo no es urbanizable. (*Riendo.*) Pero qué importa si tienes lo suficiente, ¿verdad? Y tú estás con él.

ALFREDO.- ¿Qué más te da lo que haga con esto? Es una oferta que no puedes rechazar.

SEBASTIÁN.- ¡Ja!

ALFREDO.- Estás al borde del embargo, Sebas. Puedes seguir jugando y creer que tienes opciones, pero no es así. No seas ingenuo, la dignidad no está hecha para los pobres. No puedes perder esta oportunidad. La abuela la hubiese aceptado.

SEBASTIÁN.- (*Riendo.*) ¿La misma que decía estupideces?

ALFREDO.- Estás a la defensiva.

SEBASTIÁN.- ¿Trabajas para él? No, no hace falta que respondas. Si la abuela levantase la cabeza, volvería directa a la tumba. ¿Cómo puedes?

ALFREDO.- Técnicamente no trabajo para él.

SEBASTIÁN.- (*Ríe amargamente.*) Primito...

ALFREDO.- Trabajamos para la misma empresa. Andrés es el responsable de esta zona y yo he venido a conseguir que ...

SEBASTIÁN.- (*Cortante.*) Os venda el desguace.

ALFREDO.- Aha. No me hagas sentir como un...

SEBASTIÁN.- Es justo lo que eres.

ALFREDO.- Las cosas son así.

SEBASTIÁN.- Son así.

ALFREDO.- No te estamos engañando. Te estamos ofreciendo una oportunidad. Otros ya la han aprovechado. Sólo tú te resistes a ver que es la única opción.

SEBASTIÁN.- Sois los responsables de que ya no venga nadie. De que todo esto se vaya al carajo. Esto era un polígono dedicado a un trabajo decente.

ALFREDO.- Lo sé, Sebas.

SEBASTIÁN.- Cuando alguien necesitaba una o varias piezas podía encontrarlas aquí o en el desguace de Manuel, de Peti o de Julián. Compartíamos y esto generaba un flujo de gente más que interesante. (*Bebe.*) Yo les mandaba clientes y ellos a mí. Éramos un equipo... Todas las piezas son importantes, Alfredo. Un sitio humilde, pero digno. ¿Cómo se dice digno en alemán? (*Silencio.*) Vuestro dinero y vuestro ansia especuladora ha acabado con todo. Miente al que quiera creerte, primo.

ALFREDO.- (*Silencio.*) El mercado es así.

SEBASTIÁN.- Claro. Él manda.

ALFREDO.- Y es legal.

SEBASTIÁN.- Completamente legal. Sí, señor alemán.

ALFREDO.- ¡No soy...! Es mejor que no te metas por ahí. Hay cosas que es mejor olvidar.

SEBASTIÁN.- Quizás el problema es que no me he metido antes. He hecho la vista gorda porque ellos eran mis compañeros y ganaron un dineral. Y se compraron casas, y coches nuevos. ¿De qué les ha servido ahora que no pueden pagarlos?

ALFREDO.- No han sabido aprovechar la oportunidad.

SEBASTIÁN.- Es la codicia, Alfredo. Es la enfermedad propia del ser humano. ¡No se puede crecer hasta el infinito! (*Riendo.*) ¡La estupidez humana sí que es infinita!

ALFREDO.- (*Silencio. Se acerca y le pone la mano sobre el hombro.*) Estoy de tu parte, primo. Pero debes pensar qué es lo que quieres para tu futuro. (*Le acaricia el pelo.*) Darte cuenta de que has perdido la oportunidad de tu vida es un auténtica mierda. Créeme.

SEBASTIÁN.- Las cosas no son tan sencillas.

ALFREDO.- No debes pensarlo. Has hecho todo lo que has podido. Este era el sueño de los abuelos, ni el tuyo ni el mío. ¡El mundo es muy grande, Sebastián! (*Un momento. Le acaricia la mejilla. Susurra.*) Este país se derrumba. ¡Se derrumba! Hay que saltar a otra cosa. (*Sus labios están cerca. Silencio. Se aparta.*) No quiero seguir insistiendo,

pero si lo vendieses sacarías lo suficiente para poner un negocio en Stuttgart. (*Le acaricia la nuca.*) Algo pequeño que te permitiese mirar adelante. Y tener tiempo para ti. Para viajar. Sí, Sebastián. Viajar. Recuerdo que siempre quisimos conocer mundo. Juntos...

SEBASTIÁN.- Sueños.

ALFREDO.- Sólo depende de ti.

SEBASTIÁN.- (*Silencio. Mira por la ventanilla.*) Está oscureciendo. (*Silencio.*) A veces pasan dos o tres días hasta que veo a alguien. Este último año, sin la abuela, ha sido especialmente duro. Convivir con ella no era fácil, ya sabes cómo se las gastaba, pero estar solo es mucho peor. Es insoportable.

ALFREDO.- (*Se le acerca por detrás.*) Puedes acabar con esta situación.

SEBASTIÁN.- Crecimos aquí...

ALFREDO.- Debes apartarlo todo y construir tu camino. Yo no voy a hundirme en la miseria.

SEBASTIÁN.- No es fácil.

ALFREDO.- Es simple. Tú o tus raíces.

SEBASTIÁN.- (*Silencio.*) Eso lo dices porque vives fuera.

ALFREDO.- ¿Qué?

SEBASTIÁN.- Así es fácil olvidar. Las condiciones cambian a la gente. Haces cosas que nunca te hubieses imaginado. Todos somos maravillosos cuando las cosas van bien. (*Silencio.*) Alfredo, en este país hay personas que están perdiendo su hogar. Y algunos se suicidan. ¡Se matan, entiendes! La gente pasa hambre y penurias, pero pelean por sus cosas, necesitan mantener sus raíces. ¿Sabes por qué? Porque es lo único que les aleja de toda esta locura. (*Silencio.*) Éste es mi hogar.

ALFREDO.- Se equivocan todos.

SEBASTIÁN.- No sé cómo eres capaz de mirar a otro lado.

ALFREDO.- No es mirar a otro lado. Es admitir que hay otras opciones. Irse.

SEBASTIÁN.- Tú eres muy dado a eso. ¿Has pensado que si no te hubieses ido quizás no estaríamos en esta situación?

ALFREDO.- No intentes culparme de algo con lo que no tengo nada que ver.

SEBASTIÁN.- Nunca tiene que ver contigo pero siempre estás en medio.

ALFREDO.- Si eso es lo que crees... No he venido para que me ataques.

SEBASTIÁN.- Me parece bien que vuelvas a desaparecer. Siempre es mejor que hacerle frente.

ALFREDO.- No voy a entrar en tus juegos, Sebastián.

SEBASTIÁN.- Esa es una de tus virtudes. No entrar en ningún juego y, a la vez, jugar con todos.

(Silencio.)

ALFREDO.- Le diré a Andrés que no quieres vender y ya está.

SEBASTIÁN.- ¡Qué amable eres!

ALFREDO.- Entonces, ¿qué es lo que quieres?

SEBASTIÁN.- (*Se le acerca.*) ¿Acaso te ha importado alguna vez lo que yo quiero?

ALFREDO.- Sólo he querido venir a echarte un cable.

SEBASTIÁN.- (*Suelta una carcajada.*) Has venido a llevarte una comisión de cojones. ¡A eso has venido! A ti lo único que te mueve es el puñetero dinero. Y eres capaz de cualquier cosa por conseguir lo que quieres.

ALFREDO.- Si eso es lo que piensas de mí...

SEBASTIÁN.- Parece que tienes mala memoria.

ALFREDO.- ¡Déjate de rollos!

SEBASTIÁN.- ¿Rollo?

ALFREDO.- Cosas de críos. Siempre has tenido la lengua muy larga.

SEBASTIÁN.- ¿De qué coño hablas?

ALFREDO.- Ahora eres tú el que parece no entender nada. La abuela... (*Suena un estruendo metálico cerca del autobús.*)

SEBASTIÁN.- ¿La abuela, qué?

ALFREDO.- Nada.

SEBASTIÁN.- Sólo ha sido...

ALFREDO.- No estoy tan seguro.

SEBASTIÁN.- Alfredo, estás paranoico.

ALFREDO.- Se me ha hecho tarde y estoy cansado. Te dejo mi tarjeta por si lo piensas mejor. Detrás encontrarás la cifra que te ofrecemos hoy. Mañana puede ser otra. Adiós.

SEBASTIÁN.- ¡Alfredo!

ALFREDO.- (*Expectante.*) Dime.

SEBASTIÁN.- ¿Hasta cuándo te quedas?

ALFREDO.- (*Distante.*) Me voy mañana.

SEBASTIÁN.- ¿Podríamos vernos y tomar algo?

ALFREDO.- Piénsalo bien, Sebas.

(*Sale. SEBASTIÁN mira la tarjeta mientras se asoma por la ventanilla y ve cómo se aleja ALFREDO. La lluvia golpea el techo.*)

*(El mismo lugar, pero veinte años atrás. SEBASTIÁN y ALFREDO están sentados en el sofá de cuero granate. En medio hay un gatito reposado. Lo acarician.)*

SEBASTIÁN.- ¿Es bonito, verdad?

ALFREDO.- Sí. *(Silencio.)* ¿Sabes una cosa?

SEBASTIÁN.- ¿El qué?

ALFREDO.- Tienes que prometer que no se lo dirás a nadie.

SEBASTIÁN.- Claro.

ALFREDO.- ¿Me lo juras?

SEBASTIÁN.- Te lo juro. ¡Dímelo ya!

ALFREDO.- La abuela me contó que después de la guerra no quedaron ni gatos ni perros.

SEBASTIÁN.- ¡Pues claro! Murieron muchas personas porque hubo bombas. ¡Imagínate cuántos animales, pobrecillos!

ALFREDO.- No fue por eso.

SEBASTIÁN.- ¿Ah, no?

ALFREDO.- No había perros ni gatos porque la gente se los comía. ¡Ñaaaaaaam!

SEBASTIÁN.- ¡Eres un mentiroso!

*(Chillan y corren por el autobús. ALFREDO le persigue pellizcándole cuando se acerca lo suficiente. Ríen.)*

ALFREDO.- ¡Es verdad! *(Mientras le muerde.)* Había tanta hambre que era la única carne que podían comer.

SEBASTIÁN.- ¡No me muerdas! *(Riendo.)* ¡Nadie se comería nunca a un gato o a un perro!

*(ALFREDO hace cosquillas a SEBASTIÁN. Éste sale corriendo y se mete en el armario. ALFREDO le sigue. Se encierran. Sólo se oyen sus voces y sus risas. Poco a poco dejamos de escucharles. Fuera del autobús se oye un fuerte estruendo metálico que asusta a los niños. La abuela les grita desde fuera.)*



*Bill Pastrycook*

Carlos Garbajosa



35. *BILL PASTRYCOOK*, CARLOS GARBAJOSA

**Personajes:**

MENDIGO

TULLIDO

BILL (AUSENTE)



*(Local amplio. Poca luz. Gran cantidad de dulces –todos idénticos salvo uno que destaca– rodean a un MENDIGO muy corpulento y a su compañero de la calle TULLIDO. Al fondo, se puede ver un cartel de «Cerrado».)*

TULLIDO.- Te lo repito, debemos salir de aquí y no volver nunca más.

MENDIGO.- *(Masticando, cosa que no dejará de hacer –siempre que pueda– en toda la escena, ingiriendo dulce tras dulce.)* Qué desagradecida es la gente, ¿verdad Bill?

TULLIDO.- No sabes lo que dices, él jamás da nada gratis.

MENDIGO.- Nadie consigue un chocolate tan fino como el tuyo, Bill.

TULLIDO.- Bill, Bill ... parece que estás enamorado de él. ¿Acaso no te importa todo lo que se dice? La gente habla, y no son pocos. Casi todos. Cinco vagabundos desaparecidos por estas calles en poco menos de dos meses. ¿Ya no te acuerdas de ellos? Algunos eran compañeros de acera. Y todos han sido vistos entrando de noche aquí, al negocio de tu querido Bill.

MENDIGO.- *(Mirando a otro lado, cosa que no dejará de hacer durante la escena.)* Los hombres como tú siempre sois injuriados.

TULLIDO.- Es muy probable que sea un asesino. Y aún peor ...

*(El TULLIDO prueba un trozo de pastel.)*

TULLIDO.- Esto sabe a goma. No sé cómo puedes siquiera probarlo.

MENDIGO.- ¡Qué mala es la envidia!

*(El TULLIDO prueba otro pedazo con ansiedad cuando cree no ser visto.)*

MENDIGO.- Te critican, pero todos se aprovechan de tu caridad.

TULLIDO.- ¿Envidia?. ¡Ninguna!. Prefiero ser lo que me ha tocado, a convertirme en un monstruo sin escrúpulos.

MENDIGO.- El jurado ha hablado, Bill.

TULLIDO.- Sí, ríete ahora que aún puedes. Ni siquiera te das cuenta. Mírate, estás gordo como un cerdo. La gente te mira. Das asco. Además, un vagabundo obeso ... no tiene sentido.

MENDIGO.- *(Mirando el pastel que destaca.)* ¡Oh, gracias Bill! Esta Muerte de Chocolate tiene una pinta estupenda, la dejaré como colofón para el final. Hoy me has sorprendido como nunca.

TULLIDO.- La otra noche se te durmió todo. Nos dimos cuenta, pero como apenas hablas con nadie ...

*(El MENDIGO mastica ansioso.)*

TULLIDO.- Se te va a atascar ese esponjoso organismo tuyo, eso si no revientas antes con el chocolate que pretendes tragar.

MENDIGO.- No está hecha la miel para la boca del asno.

TULLIDO.- ¿No lo notas? Tus venas van a estallar. Estás cada vez más sonrosado, como uno de esos cerdos. Tienes las manos moradas. Seguro que ya ni se te levanta ...

MENDIGO.- Ahora resulta que tus deliciosas creaciones provocan impotencia ...

TULLIDO.- Te matará la gula. Has comido mucho más de lo que necesitas para vivir desde que ese degenerado vino a presentarse como tu «Ángel de la Guarda».

MENDIGO.- ¿Este qué va a decir?, si sólo come por subsistir. Con un cuscurro de pan verde le vale. Casi nadie sabe admirar como merecen tus obras de arte culinarias.

TULLIDO.- Y no es más que un demonio. Esa cara, siempre sonriente. Con ese gesto deliberado de falsa modestia. ¡Esa prepotencia! No sé cómo puedes aguantar el vómito al verle pavonearse entre nosotros, escogiendo a su nuevo juguete, humillándonos con su limosna interesada. Este mes te ha tocado el honor, y el siguiente parece que será mi turno. Y hoy su intención es desvirgarme. Si pruebas ese pastel será tu fin, acuérdate de mis palabras.

MENDIGO.- Llevamos más de un año en la misma calle y este tipo jamás se había interesado por nada relacionado conmigo. Y ahora quiere que rechace tu caridad. Seguro que es diabético ...

TULLIDO.- No quieres ver ...

MENDIGO.- O se quedó así de comer dulce, como los perros ...

TULLIDO.- Cabrón. Deja de comer o no podrás valerte en la calle. Además, debido a tu aspecto, la gente cada vez te deja menos limosna.

MENDIGO.- Ya no la necesito, ¿verdad Bill?

TULLIDO.- Te digo que sueltes eso.

MENDIGO.- Este Tullido no aparta su muñón de mi brazo.

*(Comienza una batalla campal entre ambos en la que los pasteles vuelan, del mismo modo que las bandejas metálicas y el mobiliario.)*

MENDIGO.- Corre, Bill, vuelve. Te va a destrozar el local. Luego me culpará a mí.

TULLIDO.- Bastardo. Nos encierra aquí como a los cerdos y nos echa sus bellotas. Y tú las recoges del suelo para cebarte.

*(El TULLIDO se defiende hábilmente ante los torpes movimientos del MENDIGO.)*

TULLIDO.- No puedes ni con un perro, ¿eh? Agradéceselo a tu amigo. Tu repugnante carne grasienta servirá para forrar los sillones que fabricará con tus huesos. ¿Dime qué eso tampoco lo has oído? ...

MENDIGO.- ¡Socorro!

*(Le sujeta y se sienta encima de su opulento estómago. Empieza a coger dulces del suelo.)*

TULLIDO.- Toma, desecho, trágatelos todos. Están riquísimos, los ha hecho tu ídolo de azúcar.

MENDIGO.- ¿Por qué me has metido a éste aquí, Bill? Yo estaba bien solo, no hacía falta nadie más.

TULLIDO.- Soy tu última esperanza de vida, bola de grasa. Aunque en tu estado no sé si merece la pena vivir.

MENDIGO.- Tiene envidia de ti ... y de mí ... el Tullido.

*(El TULLIDO golpea el estómago del MENDIGO, que está a punto de vomitar.)*

TULLIDO.- ¿Quién es el Tullido? Escupe esa mierda. Échala.

*(Golpea.)*

TULLIDO.- ¡Tullido!

*(Golpea.)*

TULLIDO.- ¡TULLIDO!

*(Golpea.)*

TULLIDO.- ¡TULLIDO!

*(El MENDIGO vomita.)*

TULLIDO.- ¡Mira!, no se cómo puedes comer esa basura. Saben a suela de bota.

MENDIGO.- Mira lo que han hecho. No he sido yo.

*(Lucha por no vomitar de nuevo.)*

MENDIGO.- Necesito chocolate.

*(El TULLIDO mordisquea levemente un dulce, escogiendo con precisión la parte en que lo hace.)*

TULLIDO.- No voy a dejar que te levantes si no es para salir de aquí. Tienes que olvidarte de este local.

*(Golpea.)*

MENDIGO.- Sólo me quieren porque soy el que más limosna recauda, y luego la repartimos a partes iguales. Tú me das y ellos me quitan.

TULLIDO.- Hablas como un autómatas. Eres un esclavo de tus papilas gustativas. Mira pastelero, no ha sido capaz de aguantar sin escupir tus pasteles asesinos.

*(Golpea.)*

MENDIGO.- Me han obligado a hacerlo, Bill. Por favor perdóname. Ven, ven cuanto antes.

TULLIDO.- Le hablas como si fuera un dios. Y no es más que un hijo de mala madre sin ...

MENDIGO.- *(Gritando hacia la calle.)* Bill Pastrycook.

TULLIDO.- Ahora el que va a vomitar soy yo. Te felicito Bill, ya tienes un nuevo esclavo al que trinchar.

MENDIGO.- ¡Bill Pastrycook!

TULLIDO.- *(Imitándole.)* ¡Bill Pastryboot!

MENDIGO.- ¡Bill Pastrycook!

TULLIDO.- ¡Bill Pastryboot!

MENDIGO.- ¡Bill Pastrycook!

TULLIDO.- ¡Kill Pastryboot!

MENDIGO.- ¡Bill!

TULLIDO.- ¡Kill!

*(De un renqueante empujón consigue zafarse. Se dirige hacia el dulce más llamativo e intenta devorarlo.)*

TULLIDO.- ¿Qué haces descerebrado?

*(Forcejean de nuevo. El chocolate cae encima de ambos y por el suelo. El MENDIGO lo arroja sobre los ojos del TULLIDO.)*

TULLIDO.- ¿Qué has hecho? No puedo ver? Pastelero cabrón, ¿qué es lo que pones en estos dulces antipersona?

MENDIGO.- Todos, de una u otra forma, sucumbimos ante tus obras maestras. Ahora voy

a ajustar las cuentas pendientes que me quedan, antes de disfrutar la más grande de tus maravillas.

*(Avanza hacia el TULLIDO y le agarra.)*

TULLIDO.- *(Sin apenas ver.)* ¡Para! Estás ciego, yo conocí a este tipejo hace muchísimo tiempo, mucho antes de que se hiciera célebre por repartir a diario esta pólvora edulcorada. Tú no tienes ni idea porque sólo eres un crío obeso que no se entera de nada.

*(Comienza a devolver cada uno de los golpes que anteriormente le propinó el TULLIDO. Una vez realizado el trabajo, se sitúa frente al dulce que destaca por encima del resto.)*

TULLIDO.- Dicen que cerró una empresa millonaria, que no dejaba de dar beneficios, y montó este negocio para...

*(Le golpea más fuerte.)*

TULLIDO.- Porque uno de nosotros asesinó a su...

*(Más fuerte.)*

TULLIDO.- Para robarle ...

*(Más.)*

MENDIGO.- Por fin, Bill. Hoy es el día que tanto esperaba. Me hubiera gustado que estuvieras delante, pero temo que, como siempre, no vendrás hasta que yo haya terminado. Ya no tengo hambre. Ahora puedo probar tu mejor creación, la que tanto me has prometido. Y puedo hacerlo por mero placer, no como un perro hambriento insensible a todas las sensaciones que tu grandeza es capaz de ofrecernos. Un bocado tan maravilloso que jamás volveré a pasar hambre.

*(El TULLIDO, con los ojos irritados, sin apenas ver, intenta acercarse al MENDIGO.)*

TULLIDO.- ¡No lo pruebes! Te necesitamos en la acera.

MENDIGO.- No te obceques. Es inútil. Necesito tomar esta Muerte de Chocolate.

TULLIDO.- Si lo haces no volverás a saborear nada más.

42. TEATRO MÍNIMO Nº 3

MENDIGO.- ¿Crees que no lo sospecho?, pero prefiero retirarme a tiempo, con esta sensación de victoria sobre el mundo, rebosante de placer y con el estómago lleno, a hacerlo dentro de Dios sabe cuánto, en la calle y con mi alma y mis entrañas vacías.

*(Come.)*

FIN



*Horror vacui*

Miguel Nieto



**Personajes:**

VIEJO

MADRE



*(La luna caliente contempla con estupor el eco cuarteado de su infinito lamento en las aguas de un trémulo e insondable lago. Un sendero con atajos desemboca en las traviesas de un maltrecho muelle que se diluye y se enreda en las sombras sibilantes de una rayana alameda. Asomada a la marea una marchita figura de mirada ansiosa traslucida por entre la espesura de una cenicienta melena; de manos circunspectas y venosas; de cerúleos labios; de palabras encendidas de postrer instante.)*

VIEJO.- «Y si esta sed inmensa se saciara de pronto,  
si finísima arena de desiertos terribles  
me inundase, silente y despaciosa,  
colmado grano a grano mi garganta y mi lengua  
en balbuceos azarosos,  
si todos y cada uno de mis trescientos ojos  
comenzasen un día a llorar en seco  
y me arañasen el alma  
con heridas supurantes de tierra,  
sólo de tierra,  
si yo me ahogase tanto y tan profundamente,... »

*(Un lejano sollozo de lozano párvulo detiene el impulso errático de la arrugada y barbuda silueta. Los maderos gritan horrorizados. Una piedrecita hiere en su naufragio la fina piel del lago. Paso a paso se reaviva el astillado quejido. Anillos concéntricos cauterizan. La luna descubre a la oronda masa que avanza por el sendero meciendo a su cría al vaivén de sus dehiscentes caderas. Otro paso.)*

MADRE.- *(Canta.)* A la ru ru, nene

a la ru ru, ya.

Duérmete cordero,

duérmete lechal,

Duérmete, mi negro

borreguito manso.

Que si no te duermes

viene el lobo malo...

A la ru ru, nene

a la ru ru, ya.

Cierra los ojitos

y échate a soñar.

VIEJO.- «¿Qué sentido entonces seguir silabeando,  
azuzando el espíritu al encuentro precioso  
de una sílaba mágica?»

MADRE.- Buenas noches nos dé Dios. (*Cruce de miradas. Mustia mueca en los labios. Vaivén soñoliento de sudor amargo. Tras el escrutinio se retira el VIEJO.*) Pues vaya un tío hurón. ¡Que buenas noches! (*Silencio.*) Nada, ni prenda. ¿Se puede aguantar? (*Pausa.*) ¡Uda, por ahí!

VIEJO.- «¿Por qué no sumergirse ya completamente  
a sortear en las dunas el viento caprichoso de los días?  
¿Por qué no morir?  
¿Por qué? Si todo se ha consumado...»

MADRE.- A la ru ru, nene  
a la ru ru, ya.  
Tranquilo mi niño,  
duérmete mi paz.

Mi negrito lindo  
ya se está durmiendo.  
Pon cara de grillo  
que yo te estoy viendo.

A la ru ru, nene  
a la ru ru, ya.  
El bicho del sueño  
te picó mortal.

VIEJO.- El diligente lobo de montaraz prosapia,  
dócil vigilante y pronto al rumor del instinto,  
¿No merece ya el descanso en el vientre templado  
de la tierra? ¿Acaso no partió ya la camada?

MADRE.- ¿Qué hace usted aquí? No creo yo que éstas sean horas de estar puestos en medio. Nosotros porque vamos de viaje pero usted... Además, ya es usted un poco mayor... y con el frío que hace... No me diga a mí que es para estar... ¿No tiene usted frío? (*Pausa.*) Pero, ¿adónde va? ¡Oiga! ¿No ve usted que eso está para caerse? ¡Eh! ¡Que se puede hundir! (*Pausa.*) ¡Espere! Tampoco es para ponerse así. Espere, espere un momento, haga usted el favor. ¡Ay, madre mía! Se mata. A la ru ru, nene; a la ru ru ya... Shhh. Por lo menos dígame quién es usted, vamos, que si tiene algo que ver con todo esto, ya me entiende. Nada, ni pío. Pues nosotros de aquí no nos movemos. He dicho.

VIEJO.- Si el mineral abrigo calado de intemperie  
desveló sus secretos en la primera helada  
poco queda más que alimentar ansias de muerte.

MADRE.- Ya será menos. ¿Qué digo? ¡De eso nada! Hasta ahí podíamos llegar! Pero, ¿usted qué se ha creído? ¿Dónde está el barquero? ¿Se ha ido ya? ¿O me he equivocado de sitio? ¿Es usted el barquero? ¡Ay, Dios mío! ¡Espere! Shhh... shhh... A la ru ru nene; a la ru ru, ya... shhhh... vamos a ver cómo lo hago... shhh... tranquilo mi niño... shhh... *(Sujeta el bulto con doble nudo en el regazo.)* ...duérmeme mi paz. *(De un decidido saltito sortean las untuosas carnes un listón raído. El peso de la hembra con su cría inicia una ondulación en la estructura que se detiene en la extenuada verdura del VIEJO sobre el horizonte.)* ¿Es usted? ¿Está sordo o qué le pasa? ¡Que si es usted el barquero! ¡El que lleva a la otra orilla! Usted no me conoce a mí. *(Se abre paso con habilidad juguetona al compás de los quiebros de los palos.)* Que sepa, que no sé nadar así que como se hunda esto no sé qué vamos a hacer, porque me pienso agarrar a lo que pille. Más vale no tenerme cerca. ¡Eh! ¿No va a decir nada?

VIEJO.- Los ojos de los ahogados son los únicos que miran sin pavor desde la muerte porque reflejan más olvido que pesar.

MADRE.- Vale, lo que usted diga. Pero yo aquí no me voy a quedar mucho tiempo por si acaso. Vamos a cruzar. ¿Sabe? Mi hijo y yo. Su padre nos está esperando con una bandeja llena de fruta. ¿Verdad que sí cachorrillo? Porque... es aquí, ¿verdad? Es aquí donde se coge la barca, ¿no? Que no quisiera yo equivocarme. Aunque claro, también podría usted mentirme miserablemente para pasar antes que nosotros. No se atrevería, ¿verdad? *(Pausa.)* ¿A usted le espera alguien? *(Silencio.)* No me extraña. Si no hay más que verle. ¡Y con la alegría que tiene en el cuerpo! *(Silencio.)* ¿Sabe? Dicen que del otro lado todo está lleno de colores. ¿Qué me dice? Dicen que hay árboles con hojas rojas, ¡rojas! Y que les cuelgan unas frutas que no se ven por aquí. A mí eso me da igual, porque yo soy más de queso y tocino, pero vamos, que aunque sea por decoración... Una vez le oí decir a un chamarilero que del otro lado corren arroyos que parecen como bordados de flores de tila, y que también que hay una rosaleda grandísima, y... ¡Cómo debe de oler por allí! ¿Verdad? Ése mercachifle traía de allí una miel dulcísima, de a treinta cuartos el peso, yo no la llegué a probar nunca, pero decía que quien la probaba ya no quería otra cosa. *(Pausa.)* Vale me callo. *(Pausa.)* A mí todo eso me parecen chuminadas. Yo lo que quiero es encontrarme con mi hombre. Tiene que ser muy triste que no haya nadie esperándole... ¡Pues vuélvase a su casa, hombre! Seguro que allí tiene usted cosas mejores que hacer, y compañía. *(Silencio.)* ¡Qué sieso! *(Pausa.)* Y esto... esto lo recordaba yo más... no sé... más alegre. Como lleno de pajaritos cantores y florecitas... Y esos álamos estaban desnudando. ¡Ah, sí! ¡Cómo si lo estuviera viendo! Parecía como si nevara... ¡Eso mismo! Cuando vine a despedirme de mi

hombre todo esto estaba más luminoso. Más lleno de...

VIEJO.- Las estrellas se van apagando; esas estrellas que tanto tiempo hace que han muerto pero cuyo destello aún se puede ver... *(El niño llora.)*

MADRE.- Shhh... Shhh... Sh... *(Canta la sirena.)* A la ru ru, nene; a la ru ru, ya... *(El vacío devuelve un eco gutural que eriza la espina del VIEJO.)* Shhh... Sh... ya está, ya está... duérmete negrito... shhh... Tiene que tener frío, o hambre. O las dos cosas ¿Le importa si me saco una teta? *(Silencio. Con preciosa desenvoltura acerca un seno a la boca del primal.)* ¿Qué le parece? *(Pausa.)* El chiquillo, digo. No se vaya usted a pensar que yo... ¡Vamos, ni pensarlo! ¿Pero qué se ha creído? Que ¿qué le parece lo de este crío? ¡Con más de un año y ahí le tienes, sigue mamando! Me tiene ensolvida. Algo debo de tener aquí que es mejor que la miel esa que dicen. Ya le digo. Tendría que haberlo destetado cuando su padre... pero me dio mucha lástima de la criatura. Y, oye, que también es verdad que así yo me seguía sintiendo útil. A usted no le importa que yo le cuente todas estas cosas, ¿verdad? Es por hacer tiempo. *(Silencio.)* Pues como le iba diciendo, cierto es que al principio, aquí el amigo no quería la teta, no sé por qué. Tenía hambre y lloraba, pero era acercársela y era peor. Las viejas me decían que para que abriera la boca le tenía que hacer cosquillas con el pezón, pero ni a ésas. Así que lo que hice un día fue probar la leche. ¿Y sabe usted lo que pasó? ¡Claro! Usted qué va a saber. Me estuvo amarguísima. Cogí una sofoquina que pa' qué; ya se puede usted imaginar. Bueno, y si no puede pues tampoco pasa nada. Ni para dar de mamar valía. Pero, fíjese qué cosas tiene la vida, que parece que al crío al verme, le di pena o algo así, y se enganchó como una lapa y no se ha vuelto a quejar. Shhh... shhh....

VIEJO.- «Cansada y suplicante está la lengua errante  
que no pudo gustar el salino frío argento.  
Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis,... y así  
más de trescientos mil, hasta hoy, los días  
que han de redimir al mísero peregrino.  
¡Acércate, Carón!  
Conduce con premura tu lúgubre batel  
hacia esta fértil margen de cenizas.  
Que ya la vida es más inverosímil que la propia muerte.»

*(Silencio. La MADRE arrea a su hijo animándolo al ágape.)*

MADRE.- Shhh... shhhh... ¿Has oído lo que ha dicho el señor? ¿Eh? ¿Lo has oído tú? *(In-saciables succiones se mecén sobre el siniestro brazo.)* Bueno... ¿y qué? ¿Qué significa todo esa retahíla de que si una lengua chupando sal, y un pelegrino y un no sé

qué, que a mí, por cierto me ha sonado fatal? (*Pausa.*) Si no me lo quiere contar no pasa nada. Pero, vamos, que digo yo que estaría bien que por lo menos por educación me respondiera alguna vez. Que todo lo que ha estado diciendo no tiene ni pies ni cabeza. Tiene usted mala cara. ¡Uy, lo suyo no puede ser nada bueno! Y yo por ahí no trago. Ande, arrímese un poco a mí si no le da apuro y entre en calor. Venga, arrímese un poco. Tóqueme. ¡Que no muerdo! ¡Tóqueme, ande! (*El VIEJO rastrea con inquisición el polen con el que comercia el viento desde la enfrentada orilla.*) Bueno, como quiera. Caliente como un pan recién hecho. Así que ya ve. (*Silencio.*) Como quiera. No va usted a hablar conmigo de ninguna de las maneras. (*Silencio. Silencio. Silencio.*) Le encanta la teta a este crío. ¡Te como! A usted no. Al crío, al crío. No vaya usted a pensar cosas... (*Silencio.*) Oye, ahora que lo pienso: ¡no cabemos en la barca! No, no, no, no, no. Ni mucho menos. Usted estaba antes, cierto es, pero como comprenderá... una mujer indefensa, con una criatura,... no es para quedarse aquí al raso, y sin protección. ¡Menuda barbaridad! No lo permitiría, ¿Verdad? ¡Habría que tener poco corazón para hacer una cosa así! Marcharse usted así, dejándonos abandonados. (*Un tierno gruñido se despereza al borde de una aréola sangrante. La MADRE descubre por completo su busto e inclina a su hijo del otro lado.*) Podemos hacer un trato. (*Reverbera por entre las hojas de los álamos un desconsolado trino que corta sagitalmente una lágrima en la arruga.*) Puedo pagarle. (*De nuevo el alimento se trasfunde. Luceros desorbitados en la fruncida figura del VIEJO.*) Tengo una moneda... Bueno, a lo mejor no debería de decírselo, teniendo en cuenta que podría usted darme un palo en la cabeza y robarme. O robarme y después empujarme al agua para que me ahogase. O darme un palo en la cabeza, robarme y después echarme al agua. Y mi hijo ¿qué? ¿Qué iba a hacer el pobre? O... ¡Dios santo! ¿Sería capaz de matarnos a los dos por una moneda de plata? ¡Uy! ¿He dicho de plata? No sé ni lo que digo. No lo haría, ¿verdad? ¿Verdad que no? No haría eso. (*Silencio.*) ¡Diga algo, por Dios! ¡Diga algo! (*Pausa.*) ¡Está bien! Le doy la moneda, pero no nos mate. (*Rueda de su liga el malhadado óbolo que ofrece desesperada en la palma de su mano.*) Tome. Quédesela. Para usted.

(*El VIEJO extiende su macilenta zarpa y queda traspasada por el peso de la metálica estampa. El triste tintineo interrumpe la libación.*)

VIEJO.- «No podrán ya detener mis dedos los blancos pétalos destilados de la rosa.  
Ni mis ojos evitar la bienvenida de la noche oscura.  
El ánimo condujo nuestros pasos de vuelta al desenlace  
a silenciar profundo la palabra...

Mas el sollozo y la lágrima calarán tan hondo en el llano  
que abrirán mis párpados,  
y mi boca polinizada servirá como vientre  
a la tierra  
sosegada  
del invierno.»

MADRE.- Desagradecido. (*Recogiendo el bruñido disco.*) ¡Pues no hay trato! (*Lo esconde bajo el pliegue de su teta.*) Pero los tres no cabemos. Y usted no tiene con qué pagar el viaje.

VIEJO.- Después de todo una rosa sólo es una rosa.

MADRE.- Gracias. (*Pausa.*) ¡Un momento! ¿Lo ha dicho por mí? (*El rorro se agita bajo una fuliginosa gota de leche.*) Conmigo no se ande con zalamerías que no voy a caer.  
A la ru ru, nene,  
a la ru ru, ya...  
¿eh? ¿Lo ha dicho por mí?

Mi negrito lindo  
ya se me durmió,  
sació su apetito  
con negra poción.

A la ru ru, nene  
a la ru ru, ya.

Pues ea, lo dicho. Ya está todo hablado. En cuanto llegue el barquero éste y yo nos vamos. Y usted puede hacer lo que quiera. Pero nosotros nos vamos. Eso sí, le aconsejo que se abrigue un poco, no vaya a caer malo. (*Silencio. La MADRE achucha al lechal contra su pecho.*) Ande, váyase. Coma y entre en calor. En su casa va a estar mucho mejor. Y seguro que andan preocupados por dónde estará. Piense en su mujer, o en quien quiera que le esté esperando. Ande... (*Pausa.*) Bueno, usted sabrá.

(*Silencio. Un ardiente centelleo se confunde a través de la espesa neblina. Avanza pesadamente, remo a remo, sin necesidad de faro, entregado a su cardinal destino.*)

MADRE.- ¡Ya viene! ¿Lo ve? ¡Por allí!

(*Atusa sus cetrinas cerdas. Inicia su marcha hacia el extremo del embarcadero barriendo*

*las huellas que deja con el fruto de su vientre. El cráneo del arrapiezo sobre la carcoma marca el paso. Los ojos del VIEJO se vuelven sobre sus cuencas claudicando ante su horror vacui.)*

MADRE.- Lo mejor que puede usted hacer es volverse a su casa. *(Silencio.)* Si por lo menos hubiese querido los cuartos, habría tenido con qué comprar lo que fuera, algo que comer. Pero nada, ni eso. Ni siquiera hablar. Pues ¿sabe lo que le digo? Que usted se lo ha perdido. Y no tengo más que hablar. Encantada de habernos conocido. Muy buenas noches. Adiós. Nos vamos. Ahí se queda.

VIEJO.- ¡Señora!

MADRE.- ¿Sí?

VIEJO.- Lleva el niño a rastras.

*(Silencio.)*

MADRE.- No importa. Está muerto.

*(Silencio.)*

VIEJO.- ¡Usted no podrá viajar! ¡Está caliente como un pan recién hecho! ¿Con qué piensa comprar la voluntad del barquero?

*(La belladona se acomoda en el filo de las tablas hundiendo sus raíces en la tibieza del limo.)*

MADRE.- ¿Yo? me he ido enfriando a cada bocanada. Y supongo que no lo querrá comprar. Así que no se moleste ahora en hablar conmigo. *(Espejándole la cara de plata.)* Y con ésta vamos los dos.

A la ru ru, nene,  
a la ru ru, ró.  
Este negro lindo  
ya se me durmió.

*(El resplandor de la tea tiñe la inmediata bruma. Un chapoteo constante se anuncia próximo.)*

A la ru ru, nene

a la ru ru, ya...

*(El sordo resquebrajarse el agua paraliza las figuras. La claridad difusa acecha a corta distancia. El VIEJO se repliega sobre su letanía.)*

¡Vuelva usted mañana!

VIEJO.- «Habrá que voltear el maleficio de los relojes,  
escupir pequeños y certeros perdigones de barro  
que mantengan el ansia vigilante,  
sacudirse del polvo atrozador  
de los días iguales,  
y vivir, vivir bebiéndose cada instante  
con la íntima premura de saber que nunca,  
nunca será suficiente.»

MADRE.- Tarde. Muy tarde...

*(Comienza a distinguirse la líquida mancha del transporte y la naturaleza se espanta. Después: silencio. El barquero amarra. La MADRE salta con su hijo dentro de la barca. Balanceo inquieto hasta recobrar el equilibrio. Silencio. Satisfacción. Inicio de partida. El VIEJO despide a los viajeros mascullando ininteligibles versos entre sus morados labios. Un chapoteo constante se destierra. Y el resplandor de la tea desaparece. Oscuro. Silencio. Final).*



# *Ceremonias de cartón*

Paz Palau



**Personajes:**

DAVID

40 años

Licenciado en Matemáticas

Experto en Física Cuántica

8 meses viviendo en la calle

LUTE

Más de 50 años

Trabajaba en la SGAE

Lleva en la calle más de 10 años



*(Nunca es del todo de noche en esta calle concurrida del centro de Madrid. Un banco. Maletas debajo, cartones, bolsas; inútiles enseres que sirven para todo. En la entrada de un edificio abandonado hay un hueco con más cartones. Siempre el cartón. Otra maleta. La casa de LUTE es el banco; el hueco es de DAVID. La ciudad desfila ante ellos a todas horas. LUTE y DAVID están sentados en el banco. DAVID tiene un bolígrafo en la mano.)*

DAVID.- No te fijas. El resultado no puede ser negativo. Hazlo otra vez, Lute, coño.

*(LUTE coge el cartón donde se dibujan los números y mira hacia otro lado.)*

DAVID.- Mira, mira... Multiplicas este número por el divisor, y luego lo restas a este de aquí. No es tan difícil. No tienes ganas. ¿Qué se han llevado además de las cajas?

LUTE.- Maletas, las mantas... cosas...

DAVID.- Joder, Lute. Si no llega a ser porque estabas tú.

LUTE.- Sí.

DAVID.- Esos cabrones.

LUTE.- Yo siempre estoy.

DAVID.- Se creen que pueden llegar y quitarle la casa a uno. Pero esos no van a poder conmigo. Ahora mismo me levanto el «Villa Magna» otra vez, joder.

*(Una anciana se para delante de ellos. Les da una bolsa y se va. LUTE la abre y comienza a sacar latas de comida, una barra de pan...)*

LUTE.- Gracias.

DAVID.- Más comida...

LUTE.- Son latas, latas de...

DAVID.- Me la suda lo que sea. La gente se cree que nos morimos de hambre. La gente es gilipollas. Si supieran lo bien que se come en los putos comedores. Aquí no te mueres de hambre, joder.

LUTE.- Lo hacen con buena intención.

DAVID.- Cállate, Lute. Con buena intención, dice. Como los de los calditos de las Oenegés... Esos gilipollas en grupo. Y encima te despiertan y te tocan. *(Imitando una voz de ONG.)* «Les gusta que les toquen, cuando les deis el caldito, tocarles...» Que yo no quiero que me toquen, joder, que no... Y el puto caldito, frío.

LUTE.- Son voluntarios.

DAVID.- Me cago en los voluntarios, Lute. El otro día se acerca una chavalilla, no tendría más de 17, y quería darme lecciones la tía. Y yo le digo, cuando tus padres estaban pensando en echar un polvo para que tú nacieras, yo llevaba años follándome a niñas como tú. Me miraba con una cara... *(Se ríe.)* Putos calditos.

*(DAVID se levanta y se dirige hacia su hueco -camina como si le hubieran trazado un espacio acotado con líneas invisibles que nunca podrá franquear- y comienza a construirla de nuevo. LUTE se acerca después con un par de toallas. DAVID asoma la cabeza entre el cartón.)*

DAVID.- ¡Qué bien huele este jabón! ¿Has olido el jabón, Lute?

LUTE.- Sí, sí. Huele muy bien. Muy bien.

DAVID.- Es Palmolive. Toda la vida me ha parecido que el Palmolive olía de puta madre. Pásame la toalla.

*(LUTE se vuelve a sentar en el banco. LUTE anda como un juguete. Como esos juguetes a los que les das cuerda y luego te ríes de ellos porque no está realmente conseguido el mecanismo. DAVID se acerca a LUTE.)*

DAVID.- Buenos días, señor. ¿Quiere que le traiga el desayuno? ¿Tomará lo de siempre, o quizás hoy se siente creativo? ¿Unas tostadas? ¿Café? ¿Zumos de naranja? Ah, y por supuesto, le traemos el periódico como cada mañana, señor. ¿El de siempre o tiene ganas de emociones fuertes? ¿Puedo traerle el «Submundo», o tal vez prefiera «La Biblia»? La temperatura de hoy es de 11º grados. Son las 9 de la mañana.

LUTE.- «El Público», ese sí que era bueno.

DAVID.- Me piro, Lute.

LUTE.- Adiós, adiós.

*(Durante un minuto LUTE permanece inmóvil sentado en su banco viendo pasar a la gente, sin hacer absolutamente nada. Toma un periódico abandonado y lo lee. Saca algo de comida de una bolsa y come. Se levanta y tiembla. Anda unos pasos, y vuelve a sentarse. Una mujer se acerca, habla con él pero no escuchamos lo que dice, le da algo y se marcha. Es dinero. LUTE lo cuenta. Se levanta y se aleja hasta desaparecer. Son las 7 de la tarde. LUTE vuelve vestido con un traje elegante. Está afeitado y limpio. Se sienta en su banco. Tiene un recipiente de palomitas enorme. Aparece DAVID.)*

DAVID.- ¿Qué cojones...?

LUTE.- He ido al cine. Y he comprado la cena. Mira... jamón del bueno, una lata de anchoas, queso. Y una pizza. Me apetecía pizza. ¿Quieres?

DAVID.- ¿Qué coño has hecho, Lute?

LUTE.- Ya te lo he dicho. He ido al cine.

DAVID.- No me toques los cojones. *(Se acerca y le huele.)* Hueles bien. ¿Por qué hueles bien? ¿Y ese traje? Ya me estás contando...

LUTE.- Encontré dinero.

DAVID.- Lo encontraste.

LUTE.- Bueno, alguien me lo dio.

DAVID.- Alguien te lo dio.

LUTE.- Sí, y he guardado un poco para ti. Para que te duches. Tú siempre dices que te encantaría volver a ducharte. Pues ahora puedes. Esta noche dormiremos en un hostel.

DAVID.- ¿Y mañana, Lute? ¿Dónde dormiremos mañana?

LUTE.- Y si quieres podemos ir al cine otra vez, o al teatro. Hace tanto que no voy al teatro...

DAVID.- Ya basta. ¿De qué vas? ¿Quién te ha dado el dinero?

LUTE.- Nadie. Una persona.

DAVID.- ¿Quién, Lute? Me cago en la puta. Y esa alma noble, ¿va a venir todos los días?

LUTE.- No sé. No ha dicho nada de eso.

DAVID.- ¿Y qué ha dicho entonces, Lute? No me toques los cojones. ¿No habrás hecho nada raro a cambio del dinero?

LUTE.- *(Niega con la cabeza.)* No dijo nada. Me dio el dinero. Y se fue. ¿No quieres un poco de jamón? Está riquísimo.

*(LUTE coge un trozo de pizza y se lo ofrece a DAVID. Éste lo rechaza tirándolo al suelo. LUTE se agacha para recogerlo.)*

DAVID.- Levántate, joder. Dame el dinero.

*(LUTE se levanta. Le da el dinero. Se sienta en el banco y sigue comiendo su pizza, el jamón, las palomitas.)*

DAVID.- *(Limpiándole el traje, con cariño.)* ¿Qué haces? ¿No querías ir al cine? Mira cómo te has puesto. Pero antes, iremos al hostel ese que dices, me dará una ducha, o qué cojones, un baño de esos con burbujitas...

LUTE.- Puedes comprarte más Palmolive que te gusta el olor.

DAVID.- La película la elijo yo.

*(Un poquito de silencio.)*

LUTE.- Un día me tienes que dejar dormir en tu casa.

DAVID.- ¿Qué casa, Lute? Tú estás loco.

LUTE.- Ahí. Tienes techo.

DAVID.- ¿Sabes lo que me gustaría, Lute?

*(LUTE niega con la cabeza.)*

DAVID.- No hagas eso, joder. Que me pones nervioso. Pues tener una llave. La llave de mi casa. Y al llegar quitarme la chaqueta, poner la tele, prepararme la cena, darle un beso a mi novia, acariciar a mi perro... Y dormir en una cama enorme, con edredones limpios...

LUTE.- Bueno, tú tienes casa.

DAVID.- Tú has perdido la cabeza... ¿Qué casa? ¿Qué casa, joder? ¿Esos cartones...?

LUTE.- Tu familia tiene una. Tú me lo dijiste.

DAVID.- Calla, Lute, calla.

LUTE.- Pero es verdad. Tú todavía puedes...

DAVID.- ¿A qué viene esto, ahora?

LUTE.- Nada. Es que así vestido, la ducha...no sé. Yo ya estoy jodido, pero tú...

DAVID.- ¿Quién te dio el dinero?

LUTE.- No sé.

DAVID.- Dímelo.

*(LUTE niega con la cabeza.)*

DAVID.- ¡Que no hagas eso! Dímelo, cabrón.

LUTE.- Dijo, dijo que... que era tu hermana.

DAVID.- ¿Mi hermana?

LUTE.- Dijo que te ha estado buscando. Un día te reconoció. Pero no se atrevió a decirte nada. Dijo que le impactó verte así... Me dio el dinero.

DAVID.- ¿Y qué va a hacer? ¿Traernos la asignación todas las semanas? ¿Qué quiere? ¿Te dijo qué quería?

LUTE.- Que vuelvas. Quiere que vuelvas.

DAVID.- A mí qué cojones me importa.

LUTE.- Podrías ducharte todos los días... o darte un baño. Quitarte la chaqueta al entrar, dormir en una cama...abrir una puerta, con tu llave... Si yo pudiera, me iría de aquí ahora. Pero yo no puedo.

DAVID.- Tú no tienes ni puta idea. Esto es un infierno, pero volver...

LUTE.- Nada puede ser peor.

DAVID.- Tú no conoces a mi familia.

LUTE.- Conozco a tu hermana. Es muy guapa...

DAVID.- Cállate, Lute, me cago en Dios. No me toques los cojones.

LUTE.- Parecía preocupada.

DAVID.- Ya está bien. Me largo. ¿Acaso quieres que me vaya, cabrón?

*(LUTE niega con la cabeza repetidas veces.)*

DAVID.- Que no hagas eso, joder. Que me pones nervioso. Sin mí tú no eres nadie. Te pasas el día en ese puto banco, sin hacer nada, joder... Me largo. Esto es una mierda. Y si vuelve mi hermanita, le dices que se guarde su puto dinero, que yo no lo necesito.

*(DAVID se va a su hueco. Traslada cartones de un lado a otro. LUTE lee un libro sentado en su banco, sigue vestido con su elegante traje oscuro. LUTE le mira de vez en cuando, se levanta y se acerca a él.)*

LUTE.- No tienes porque seguir viviendo así.

DAVID.- Déjame en paz.

LUTE.- Estás a tiempo, David.

DAVID.- Que me dejes, coño.

*(DAVID empuja a LUTE y del libro que éste todavía sujetaba se caen al suelo un montón de billetes. LUTE se apresura a recogerlos.)*

DAVID.- ¿Qué cojones es esto, Lute?

LUTE.- Nada.

DAVID.- Ese dinero es mío.

LUTE.- Dijiste que no lo querías. Pero si lo quieres yo te lo doy.

DAVID.- ¿Que tú me lo das? Estás ahorrando a mi costa, ¿no, cabrón?

LUTE.- Dijiste que no lo querías.

DAVID.- Me cago en la puta, Lute. Yo no necesito el dinero de nadie. Voy a conseguir un trabajo, ¿sabes? Porque yo me muevo, y busco, no como tú, hijo de puta, que estás todo el día en ese banco de mierda. Dame el dinero.

*(LUTE recoge algunos billetes del suelo y se los tiende a DAVID. Se va a su banco a leer. DAVID, después de unos segundos se sienta al lado de LUTE.)*

DAVID.- ¿Qué lees? A ver... *(Le quita el libro.)* Kierkegaard, *O lo uno o lo otro*... Joder con el Lute. Oye, ya sé que no me querías robar...

LUTE.- Vuelve a casa, David.

DAVID.- Tú no lo entiendes. Tú no entiendes una mierda.

LUTE.- Lo que no entiendo es cómo puedes seguir aquí, teniendo una familia y una casa con su llave y un baño y calefacción. Eso es lo que no entiendo.

DAVID.- ¿Y si me voy? ¿Qué pasará contigo?

LUTE.- No creo que me mueva de aquí. Además, podré dormir en tu hueco, seguro que es mejor que ese banco.

DAVID.- Tú lo que quieres es quedarte con mi «casa», ¿eh, cabrón? ¿Ha dicho cuándo volvería?

LUTE.- ¿Qué? ¿Quién?

DAVID.- ¿Quién, Lute? Joder...

*(LUTE se encoge de hombros.)*

DAVID.- Estás ridículo con ese traje.

LUTE.- *(Se mira.)* A mí me gusta.

DAVID.- Se te va a estropear. Deberías ponértelo sólo en ocasiones especiales.

LUTE.- Dijo que tus padres querían verte. Quieren saber si estás bien.

DAVID.- Puedes guardarlo en la maleta y lo utilizas para dar un paseo, o para ir al cine. Pero no para estar ahí sentado en el banco. Tienes que pasear más, Lute. Moverte. Estás gordo.

LUTE.- El dinero. Dijo que no pasaba nada. Que ella no diría nada. Que te iba a sacar de ésta.

DAVID.- En «Villa Magna» hay que andarse con ojo. La gente se mosquea cuando no saben qué hay detrás de unos cartones... Pueden hacerte daño.

LUTE.- Nadie notará que has estado viviendo así. Una pared, el sueño...eso lo cambia todo. Ven a visitarme. Iremos al cine.

DAVID.- Que lo dejes, coño. ¡Cállate!

LUTE.- Tú no sabes lo que es que te meen encima, que te peguen, que te insulten, tú no sabes lo que es el frío de verdad, imbécil, eres un novato de la calle, te crees que lo sabes todo, ¿verdad? A mí nadie va a venir a reclamarme, yo ya no existo para nadie. Ningún material aísla. Yo ya tengo el frío dentro. Y las miradas, las tengo dentro también. Tú no sabes nada.

DAVID.- Estás flipando. Me voy a dormir.

LUTE.- Buenas noches, David.

*(Dos sombras vagabundas se acercan al hueco de DAVID. Se tropiezan, están borrachos. Uno de ellos cae encima de los cartones que conforman sus paredes. DAVID se despierta sobresaltado.)*

DAVID.- Me cago en tu puta madre. Hijos de puta. Largaos de aquí. *(Las sombras se tambalean, alejándose.)* Como te acerques otra vez por aquí, te reviento, hijo de puta. Borrachos de mierda, ratas. Como te acerques te reviento. *(Se escuchan réplicas incomprensibles por parte de los vagabundos tambaleantes.)* Vete a tu país a morirte, hijo de puta. Mañana duermo yo en el cajero. Mañana el cajero es mío, hijo de puta. Borrachos de mierda.

*(LUTE ha estado observando la escena, se acerca a DAVID.)*

LUTE.- Tranquilo.

DAVID.- No puedo más. Esto es un infierno. No puedo más.

LUTE.- Mañana comeremos jamón. Nunca he hecho raíces cuadradas. Si quieres, puedes enseñarme. Esta vez intentaré hacerlo bien. O puedes explicarme la Teoría de Cuerdas, nunca acabo de entenderla. Y luego iremos al cine, y compraremos palomitas, tamaño grande. Podemos ir a ver una antigua, a mí me encantaban las antiguas. Una con Tony Curtis, o James Stewart...

DAVID.- Déjame en paz, Lute. Estás hecho polvo. No te dejarían entrar en ningún cine, imbécil. ¿Tú te has visto? Además, Tony Curtis...ni siquiera era buen actor... Estoy cansado, Lute. Mañana dormiré en el cajero... A esos hijos de puta me los cargo. Como se acerquen otra vez, Lute. Te juro que los mato.

*(Es temprano por la mañana. LUTE se despierta. Ordena su banco. Durante un minuto permanece inmóvil sentado en su banco viendo pasar a la gente, sin hacer absolutamente nada. Toma un periódico abandonado y lo lee. Saca algo de comida de una bolsa y come. Se levanta y tiembla. Se acerca al hueco de DAVID. Pero no está. Vuelve a su banco. Y allí se queda un largo rato, mirando al vacío. De pronto, aparece DAVID con una bandeja que contiene un fabuloso desayuno.)*

DAVID.- Buenos días, señor. ¿Tomará lo de siempre? ¿Unas tostadas? ¿Café? ¿Zumo de naranja? Ah, y por supuesto, le traemos el periódico como cada mañana, señor. Esta vez me he tomado la libertad de traerle El Público, me consta que es su preferido. La temperatura de hoy es de 8º grados. Son las 9.30 de la mañana.





*Tercer Nivel*  
África Hurtado



**Personajes:**

VICENTA

AMPARO



*(Dos ancianas están sentadas en la terraza de una residencia de mayores. Hace calor. Es verano. Aún así, una de ellas, la más delgada, lleva una chaqueta de punto. La otra, un tanto más gorda, tiene un bastón apoyado en su silla y se abanica con un palmito.)*

VICENTA.- Este calor es insoportable. Odio el calor. No me gusta. No me gusta nada. Me sudan las axilas. Y los pies. También me sudan los pies. No lo soporto. No sé por qué te empeñas en que salgamos aquí fuera. Dentro se está mucho mejor. Mucho mejor. Dentro hay aire, de ese fresquito... y no hace calor. No me gusta el calor.

AMPARO.- Aquí se está bien. Con una rebequita, claro.

VICENTA.- Yo tengo calor. Y no me gusta. Cuando era pequeña la temperatura era más agradable. Ahora es insoportable. Cuando era una niña todo era más agradable. Ya están empezando a sudarme los pies. ¡Qué fastidio!. Claro, como a la princesa no le suda nada...

AMPARO.- Se está bien aquí fuera. Es agradable que el sol nos dé en la cara.

VICENTA.- ¡Ja, agradable!. *(Quitándose los zapatos.)* Empapados, tengo los pies empapados... De todas formas, deberías ir al médico. No es normal que lleves chaqueta en verano. Debes estar enferma.

AMPARO.- Siempre me ha pasado igual.

VICENTA.- Siempre te he dicho que vayas al médico, pero nunca me has hecho caso. No haces caso. Ni a mí, ni a nadie. Que no se lo hagas a los de aquí... Pero a mí. Llevo años diciéndotelo. Deberías hacerme caso. Nunca lo haces. Yo no sé para qué te digo nada. Debería callarme. No decir nada. Callarme.

AMPARO.- ¿Oyes esa música?

VICENTA.- Viene de la cafetería. Siempre tienen puesta esa emisora. Deberían prohibirla. Molesta. Nos traen aquí prometiéndonos tranquilidad y luego nos obligan a escucharla día y noche.

AMPARO.- No me refiero a esa música... Es como la de una cajita. ¿No la oyes?

VICENTA.- No sé de qué hablas...

AMPARO.- ...De la caja de música que suena. Me gusta ese sonido. Lo escucho todas las tardes. No sé de dónde vendrá, pero es muy agradable. Me gusta. Siempre quise ser bailarina.

VICENTA.- *(Restándole importancia.)* Bailarina...

AMPARO.- Bailarina... Sí. Y bailar, ser ligera, tener las piernas largas y llevar el pelo recogido. Pero mis piernas nunca fueron delgadas, de joven era más bien rellenita, y nunca llevé el pelo lo suficientemente largo como para poder recogerlo como una de ellas. Si volviese a nacer me esforzaría por ser más delgada, dejarme el pelo largo y tener unas piernas más estilizadas. Me gusta el calor, es agradable sentir el sol en la cara. No soporto el frío. Estoy más fea, todo es más feo. Si volviese a nacer, lo haría en una país donde todo el año fuese verano. Esa música... ¿No la oyes?

*(Mira a su amiga que se ha quedado dormida.)*

AMPARO.- No me gusta vivir aquí. Es horrible. Hace más frío dentro que fuera. La comida...

*(VICENTA se despierta de sopetón.)*

VICENTA.- ¡Me he quedado dormida!, ¡es por el calor!. ¿Ha pasado mucho tiempo?

AMPARO.- ¿Crees que ha pasado mucho tiempo?

VICENTA.- No lo sé. ¿Lo ha pasado?

AMPARO.- ¿Estás sudando?

VICENTA.- ¿No lo ves?

AMPARO.- ¿Tienes calor?

VICENTA.- ¿Y tú, frío?

AMPARO.- ¿No me conoces?

VICENTA.- ¿Todavía escuchas esa música?

AMPARO.- ¿Tú no?, ¿sólo escuchas la de la cafetería?

VICENTA.- ¿Todavía no la han quitado?

AMPARO.- ¿Por qué no vas y se lo pides?

VICENTA.- ¿Y si vas tú?

AMPARO.- ¿No te molesta a ti?

VICENTA.- ¿No ves que estoy sudando?

AMPARO.- ¿No has dicho que dentro se está más fresco?

*(AMPARO se levanta impulsivamente y abraza a su amiga.)*

AMPARO.- Me voy.

VICENTA.- ¿A la cafetería?

AMPARO.- De aquí.

VICENTA.- ¿Vas al salón de la televisión?, ¿para eso me haces pasar calor?

AMPARO.- Me voy de este sitio. No soy feliz aquí.

VICENTA.- ¿De la residencia?

AMPARO.- De este asilo de viejos. ¿No oyes la música?

VICENTA.- Ya te he dicho que no soporto esa emisora...

AMPARO.- Me refiero a la de la cajita... Es mi señal, por eso nadie más la puede oír.

VICENTA.- De todas formas, siempre estuve un poco sorda. Sorda... A ratos, no siempre.

AMPARO.- Me voy.

(Se acerca a su amiga para darle un abrazo.)

VICENTA.- ¿Pero qué haces?. No puedes irte. Nadie te va a dejar salir de aquí.

AMPARO.- Me voy.

VICENTA.- ¿Y me dejas aquí?. ¿Me haces sufrir todas las tardes este calor insoportable para luego decirme que te vas?

AMPARO.- Quiero vivir en un sitio donde haga buen tiempo todo el año.

VICENTA.- ¿Calor?

AMPARO.- Buen tiempo.

VICENTA.- Espera, espera, espera... No puedes irte. Seguro que me muero. Nos conocemos desde hace mucho. Llevamos, prácticamente, toda la vida juntas. Somos como esos matrimonios mayores en los que cuando uno se muere, el otro fallece enseguida.

AMPARO.- No seas exagerada. Estarás bien.

VICENTA.- ¡No!, ¡me moriré!. Yo no puedo seguirte (*señala el bastón.*) ¡No es justo!. Paso calor todas las tardes, por ti. ¿Y así me lo pagas?.

AMPARO.- No quiero vivir aquí.

VICENTA.- Ni yo. Pero no por eso decido irme y abandonarte.

AMPARO.- Te gusta exagerar.

VICENTA.- No me vuelvas a decir que exagero. ¡No exagero! Espérate a que me muera. Seguro que me muero antes que tú, y entonces te podrás ir.

AMPARO.- ¿Y si no lo haces?

VICENTA.- Soy mayor que tú.

AMPARO.- Sabes que eso da igual.

VICENTA.- Te lo pido por favor. No me dejes aquí sola.

AMPARO.- Vale. No me iré hoy, pero no te prometo que mañana siga aquí.

(Se sienta.)

VICENTA.- Está bien. Quédate al menos hoy, y mañana ya se verá. (*Breve silencio.*) Ya han apagado la radio de la cafetería. Era insoportable...

AMPARO.- Deja de quejarte.

VICENTA.- No me estaba quejando...

AMPARO.- Vicenta...

VICENTA.- Está bien. ¿Pero no tienes calor?

AMPARO.- Ya sabes que no. Me gusta el verano.

VICENTA.- ¿Cuándo has decidido irte?

AMPARO.- Hace un momento, mientras dormías.

VICENTA.- Yo no me he dormido.

AMPARO.- Sí lo has hecho.

VICENTA.- Es culpa de este calor, que me adormece... ¿Y de verdad ibas a hacerlo?

AMPARO.- Claro.

VICENTA.- ¡Ah!, ¿oyes esa música?

AMPARO.- ¿No acabas de decir que la habían apagado?

VICENTA.- No me refiero a esa música... Es como la de una cajita. ¿No la oyes?

AMPARO.- No tiene gracia.

VICENTA.- Me gusta ese sonido. Lo escucho todas las tardes. No sé de dónde vendrá, pero es muy agradable. Me gusta.

AMPARO.- ¡Ya basta!. ¿Para eso quieres que me quede?

VICENTA.- Nunca me había dado cuenta antes. La de la cafetería siempre está muy alta y como sabes, siempre estuve un poco sorda...

AMPARO.- Tú no estás oyendo nada.

VICENTA.- ¡Claro que sí!. Me voy.

AMPARO.- ¿A tu habitación?

VICENTA.- De este sitio...

AMPARO.- ¿Sabes cuál es tu problema?

VICENTA.- No, pero me parece que me lo vas a decir enseguida.

AMPARO.- Que siempre te has reído de mí. Crees que no puedo hacerlo. Que no puedo irme de este sitio, pero te equivocas.

*(Se levanta rápidamente.)*

VICENTA.- Está bien, perdona. No ha sido gracioso... Pero no quiero que te vayas...

AMPARO.- ¿Y esa es tu manera de hacer que me quede?

VICENTA.- Lo siento... Tienes razón.

AMPARO.- Estoy harta de tus quejas y de tus burlas. No tienen gracia. Todo te parece mal, todo te molesta. Mañana mismo me iré de aquí...

*(Aparece, a un lado, el personaje de AMPARO, cuarenta años más joven, hablando por teléfono desde una cabina.)*

JOVEN AMPARO.- ...Ya ha pasado demasiado tiempo... ¡No!, no quiero esperar más. Ya no puedo mirarla a la cara... Dijiste que se lo dirías tú. ¿Has cambiado de opinión?... Pero... ¿Yo?, ¿cómo?... No sé si voy a poder... Esto ha sido un error desde el principio. No debí hacerte caso... Eres un cobarde... ¿Y cuándo será un buen momento?... No es verdad, ¡nunca lo será!. Tú no quieres decírselo... Déjalo. Olvidemos

todo esto... Nunca deberíamos haber quedado... ¡No!, es mejor que no volvamos a vernos. Adiós. No.

*(Cuelga el teléfono. Desaparece la joven.)*

VICENTA.- No te irás.

AMPARO.- Claro que me iré.

VICENTA.- Me lo debes.

AMPARO.- ¿Cómo?, yo no te debo nada.

VICENTA.- Yo creo que sí.

AMPARO.- No sé a qué te refieres.

VICENTA.- A mí me parece que sabes muy bien a qué me refiero. Lo he sabido durante todos estos años...

AMPARO.- No sé de qué estás hablando.

VICENTA.- Estaba esperando el momento idóneo para utilizarlo, y creo que ese momento ya ha llegado. *(AMPARO mira al frente fijamente.)* Estuviste con él durante años.

AMPARO.- ¿Con quién?

VICENTA.- ¡Deja de hacerte la tonta!. Me lo contó él mismo. Hace unos años, poco antes de morir... Supongo que lo hizo para quitarse un peso de encima... Mañana no te irás. No me abandonarás aquí. Me engañaste durante años y me lo debes. Te quedarás conmigo. Aquí. Las dos. Hasta que una de las dos fallezca. *(Se levanta.)* Creo que estaríamos mejor en la cafetería, hay aire acondicionado. *(Acerca su cara a la de su amiga.)* Te espero dentro.

*(Sale.)*





*Caja de música*  
Javier Sahuquillo



**Personajes:**

ANTOINE

BUFFON

UN HISTORIADOR



BUFFON.- Creo que falta poco.

ANTOINE.- Aham.

BUFFON.- Tengo muchas ganas de que llegue el momento, ¿no tienes ganas Antoine?

ANTOINE.- Aham.

BUFFON.- Estoy seguro que tienen ganas de vernos, no he pegado ojo en toda la noche, no podía dejar de pensar en lo que nos íbamos a convertir. ¿Tú has dormido bien? Seguro que sí, tienes pinta de haber dormido fenomenal. Creo que ha sido mi mejor noche en el Lecho de Pulgas. Ha sido el único día en el que no me importaba que me chuparan la sangre. ¿A ti te chupan la sangre Antoine?

ANTOINE.- Aham.

BUFFON.- Cuando crucemos esa puerta Antoine...

ANTOINE.- Aham.

BUFFON.- Cuando atravesemos ese umbral Antoine...

ANTOINE.- Aham.

BUFFON.- Cuando nuestros cuerpos salgan al exterior Antoine...

ANTOINE.- Aham.

BUFFON.- Cuando por fin los rayos de sol de este glorioso día bañen nuestros cuerpos Antoine seremos...

ANTOINE.- Aham.

BUFFON.- ¡Héroes!

ANTOINE.- Deja de decir idioteces Buffon.

BUFFON.- Y tú deja de suspirar. Mi madre murió suspirando, mi abuela murió suspirando, y su abuela, y la abuela de mi abuela a su vez, somos una familia de suspirantes. Tus suspiros me inquietan Antoine, me hacen recordar a la muerte.

ANTOINE.- Que comentario más oportuno.

BUFFON.- Pues a mí me parecen bastante improcedentes Antoine.

ANTOINE.- Aham.

BUFFON.- Ya estoy harto de tus suspiros, deja de suspirar, te ordeno que dejes de suspirar. (*Pausa.*) Está bien no te lo ordeno, no quiero estar por encima de ti. ¿Puedes dejar de suspirar Antoine?

ANTOINE.- Haré lo que me plazca Buffon.

BUFFON.- No, no puedes hacer lo que te plazca Antoine, al menos no hasta que salgamos fuera. Y cuando salgamos tampoco podrás hacer lo que te plazca hasta que hayamos finalizado nuestra tarea. ¿Hay un protocolo recuerdas? Llevamos semanas ensayando. No querrás echarlo todo a perder. Ya sé que te gusta mucho echar a perder las cosas. No puedes hacerlo. Es muy importante para mí. Mi abuela estaría muy orgullosa. Tremendamente orgullosa. Suspiraría satisfecha de ver a su nieto en esta situación. Así que no voy a permitir que lo envíes todo a la mierda Antoine.

ANTOINE.- Pues creo que sería un buen lugar. (*Suspira.*) Tal vez debería irme.

BUFFON.- ¿Cómo que deberías irte? ¿Qué pensarán de ti?

ANTOINE.- Nadie pensará nada sobre nosotros Buffon, nadie jamás se acordará de nuestros nombres.

BUFFON.- Después de la función de hoy nos recordará la Historia, la Eternidad, seremos Santos.

ANTOINE.- Creo que el Lecho de Pulgas te ha afectado más de lo normal. ¿Bebiste mucho anoche?

BUFFON.- No probé ni una gota.

ANTOINE.- Eso lo explica todo.

BUFFON.- Quería estar preparado.

ANTOINE.- Eres un iluso.

BUFFON.- Hoy es nuestro gran día.

ANTOINE.- Eres más idiota de lo que recordaba.

BUFFON.- Será nuestro gran debut.

ANTOINE.- No sé cómo has podido creerte toda esa propaganda.

BUFFON.- La mejor interpretación nunca vista en París, que digo en París, en todo L'île de France, que digo en todo L'île de France, en Francia, en Europa, en el mundo conocido.

ANTOINE.- ¿Seguro que no estás borracho?

BUFFON.- Ni una gota monsieur Antoine, ni una sola gota.

ANTOINE.- Me vendría bien una de esas garrafas de vino que te pimplabas en un santiamén antes de que comenzara toda esta locura.

BUFFON.- Menosprecias nuestro arte.

ANTOINE.- ¿Arte? ¿A esto lo llamas arte?

BUFFON.- ¿Qué es si no?

ANTOINE.- Estamos rompiendo las leyes naturales y los dioses nos castigarán por ello.

BUFFON.- No digas tonterías Antoine, no existe dios alguno, sólo el hombre. (*Pausa.*) El hombre es el único dios, el hombre ha domesticado la naturaleza y nosotros ahora vamos a ejemplificarlo de la mejor forma posible. Somos los actores del nuevo orden.

ANTOINE.- Somos unos mequetrefes a los que han engañado con unas pocas monedas.

BUFFON.- El público nos aplaudirá, ya lo verás Antoine, va a ser memorable.

ANTOINE.- El público nos escupirá y nos abucheará. Tendremos suerte si salimos de esta.

BUFFON.- El público alabará nuestro vestuario.

ANTOINE.- Se reirán a carcajadas.

BUFFON.- Vitorearán la puesta en escena.

ANTOINE.- Saltarán a por nosotros.

BUFFON.- Me estás deprimiendo Antoine.

ANTOINE.- Me voy, no puedo hacerlo Buffon.

BUFFON.- Pero te necesito, Antoine, sabes que uno sólo no puede hacerlo, que no tiene el mismo efecto, esta función precisa de dos cómicos.

ANTOINE.- Lo harás muy bien, te deseo suerte, espero que todo salga como dices.

*(ANTOINE se encamina a la salida.)*

BUFFON.- Marcel tenía razón. Eres un cobarde. Eres una persona sin palabra, sin honor.

ANTOINE.- Sin honor...

BUFFON.- Eres un traidor.

*(ANTOINE se detiene.)*

ANTOINE.- Cuando empezó todo esto, Buffon no tenía ni idea de lo que íbamos a hacer. Fue bonito salir de las calles, lo reconozco, ¿cuánto tiempo llevábamos esa vida de licores baratos y vómitos continuos? Era divertido. *(Pausa.)* Ahora echo de menos el pasado, sí, sí, ya sé lo horrible que nos han dicho que era el antes, pero, ¿sabes?, tampoco veo que las cosas hayan cambiado mucho ahora. Yo sigo viendo los mismos palacios pero ni tú ni yo dormimos en ellos. ¡Fíjate donde duermes Antoine! Sigues en el mismo lugar, en el Lecho de Pulgas. Antes de todo esto, dormías allí, después de todo esto sigues durmiendo allí.

BUFFON.- Aún es pronto, hoy todo cambiará.

ANTOINE.- Hoy no va a cambiar absolutamente nada. Tal vez sí. Alguien tendrá una cabeza menos sobre los hombros. ¿Y qué? ¿Crees que porque destronquemos al Borbón va a cambiar algo? Después de él vendrá otro. *(Pausa)* ¿La República? Me meo en tus opiniones republicanas, es otra farsa, la historia de la humanidad está llena de farsas, ¿sabes cual es la verdadera historia de la humanidad? *(Pausa)* La historia del poder. Un poder sustituye a otro y este a otro y este a otro. Como tus mujeres suspiradoras, suspiró tu tatarabuela y a ella le siguió tu bisabuela y así hasta tu madre, y tú también suspirarás Buffon, ya lo creo, venga suspira, vamos, adelante, pruébalo provoca un fuerte «Aham» y tu corazón se detendrá, habrá llegado el fin de tus días y al Buffon suspirador le sustituirá otro Buffon suspirador. Es así, por los siglos de los siglos amén. *(Silencio)* Y cuando se abra esa puerta, cuando se abra esa maldita puerta nos absorberá como si fuera un kraken de las profundidades y nosotros pasaremos a ser los comediantes del nuevo poder que apenas se diferenciará en nada del anterior. Y corretearemos entre las faldas de los poderosos con las cabezas tapadas y llamándonos verdugos representando comedias de Molière para los nuevos reyes que visten frigos carmesíes.

BUFFON.- Hablas muy bien Antoine.

ANTOINE.- Gracias Buffon.

BUFFON.- Nunca te había escuchado hablar tan bien Antoine.

ANTOINE.- Nunca me había hecho falta sacar a relucir mi oratoria Buffon.

BUFFON.- ¿Dónde aprendiste a hablar así?

ANTOINE.- En algún lugar.

BUFFON.- ¿En qué lugar?

ANTOINE.- En alguna taberna.

BUFFON.- ¿Cómo se llamaba?

ANTOINE.- ¿La taberna?

BUFFON.- No te hagas el Luis XVI, Antoine.

ANTOINE.- Ya sabes que he estado en muchas tabernas Buffon...

BUFFON.- ¿Dónde aprendiste a hablar así?

ANTOINE.- Escuchando a la gente, una vez vino una función de cómicos italianos...

BUFFON.- ¿Sabes quienes hablan tan bien?

ANTOINE.- ¿No estarás insinuando que...?

BUFFON.- Cada vez estoy más seguro de ello.

ANTOINE.- ¿Cuántas veces hemos bebido juntos?

BUFFON.- ¿Dónde naciste?

ANTOINE.- ¿Recuerdas aquella vez que llegó el capitán de los mosqueteros y...?

BUFFON.- Recuerdo que nunca me has hablado de tu origen.

ANTOINE.- ¿Y aquella vez que le pusimos el cubo en el dintel al tabernero de Rue Varennes?

BUFFON.- ¿De dónde sacabas esa plata tan bruñida con la que pagábamos las cuentas?

*(BUFFON saca un cuchillo.)*

ANTOINE.- ¿Qué vas a hacer con eso?

BUFFON.- Voy a probar la sangre azul.

ANTOINE.- Te estás confundiendo.

BUFFON.- Por eso no quieres matar al rey.

ANTOINE.- Créeme no le tengo ningún aprecio.

BUFFON.- Eres de los suyos.

ANTOINE.- Aquí no hay suyos ni nuestros sólo tú y yo.

BUFFON.- No sé cómo no pude haberme dado cuenta antes.

ANTOINE.- ¿Un trago de vino?

BUFFON.- Haber compartido el Lecho de Pulgas con alguien de tu raza.

ANTOINE.- No fue tan malo.

BUFFON.- Muere.

ANTOINE.- Eso casi me alcanza, deberías contener tu ira.

BUFFON.- Viva la República.

ANTOINE.- Al final vas a hacerme daño.

BUFFON.- Hoy habrá dos ejecuciones.

ANTOINE.- No me está gustando nada este juego, Buffon.

BUFFON.- Eres un mentiroso.

ANTOINE.- Nunca te mentí amigo, ¡socorro! Sólo te oculté parte de la información, ¡socorro! Lo hice sin mala intención, ¡socorro! Mi madre me echó de casa, me desheredó, ¡que alguien detenga a este loco! Mi hermana traía monedas de vez en cuando, las compartía contigo. ¡Auxilio!, nací noble, no te lo negaré pero... ¡piedad! Técnicamente ya no soy nada, soy alguien que vive en el Lecho de Pulgas, como tú, con mi amigo Buffon, con mi gran amigo Buffon, con mi soberbio amigo Buffon, soy un sin clase, como tú. No lo hagas por favor, no quiero morir, no quiero morir.

BUFFON.- ¿Qué es ese olor?

ANTOINE.- He sido yo.

BUFFON.- ¿Tú?

*(ANTOINE le enseña el calzón.)*

BUFFON.- ¿Te has meado?

ANTOINE.- Tengo miedo, no es culpa mía, ya te he dicho que no quiero morir, ¿crees que alguien noble se mearía encima? ¿Crees que los barones, vizcondes, condes, marqueses, duques, reyes y emperadores se mean encima? Claro que no, no mean, esa gente no mea, tampoco caga, ni eructa, ni ventosea, nada de esas cosas, créeme, los he conocido de cerca, esas cosas, sólo las podemos hacer tú y yo, y la gente del Lecho de Pulgas.

*(BUFFON suelta el cuchillo, se encamina hacia la puerta.)*

ANTOINE.- ¿Qué vas a hacer?

BUFFON.- Me marchó.

ANTOINE.- ¿Cómo que te marchas? La puerta se puede abrir en cualquier momento, el gran día, la función, el espectáculo, la mise en scène...

BUFFON.- He dicho que me marchó.

ANTOINE.- Pues no puedes irte.

BUFFON.- ¿Quién me lo impide?

ANTOINE.- ¿Cómo va a haber una ejecución sin verdugo? ¿Te has vuelto loco? Llevas toda la noche esperando este momento y te vas ahora sin más.

BUFFON.- Antoine si me quedo tendré que matarte a ti también.

ANTOINE.- Pero si yo soy un compatriota de taberna y borrachera.

BUFFON.- Eres un noble.

ANTOINE.- Pero eso sólo lo sabemos tú y yo.

BUFFON.- Y alguien más.

ANTOINE.- También lo saben mi madre y mi hermana, pero ya está, quedará entre nosotros.

BUFFON.- ¿Quieres que mienta a la Revolución?

ANTOINE.- Me conformo con que mires hacia otro lado.

BUFFON.- Eso sería alta traición.

ANTOINE.- Sería una mentira piadosa, una mentirijilla, una nadería.

BUFFON.- Pero mi conciencia...

ANTOINE.- La gente como nosotros no tenemos de eso, no podemos dormir en el Lecho de Pulgas y vivir con valores. Esas cosas son para los grandes hombres, Buffon, eso déjaselo a Robespierre, a Danton, a Marat, a Demsoulins... ellos tienen que tener valores, al fin y al cabo son ellos los que duermen en palacios y comen de caliente. A nosotros nos han contratado para hacer el trabajo sucio de la Revolución y ¿cuánto nos pagan? Una miseria. Pero si seguimos viviendo en el mismo lugar. Nosotros no tenemos conciencia. Así que en cuanto vengan a buscarnos te pondrás la capucha y saldrás ahí, como hemos ensayado todas estas semanas. Vamos Buffon. Pose regia, perdón, pose revolucionaria. ¡Eso es! Pecho fuera, culo dentro. La barbilla un poco más hacia arriba. Así me gusta. Esa mirada... pon la mirada del verdugo. Respira, inspira. El mundo está dentro de ti y tú vas a servir al mundo. ¡Vive le France! Mira esa puerta, allá vamos Luis XVI, que tiemblen las monarquías europeas. Uno, dos, un dos. Allons enfants du le Patrie...

BUFFON.- Mirar hacia otro lado...

ANTOINE.- Le jour de glorie est arrivé!

BUFFON.- Mentiras piadosas, mentirijillas, naderías...

ANTOINE.- Contre nous de la tyrannie...

BUFFON.- La conciencia... no tenemos de eso, no podemos vivir con valores...

Antoine.- L'étendard sanglant est levé

ANTOINE.- Entendez-vous dans les campagnes...

BUFFON.- Eso es sólo para los grandes hombres.

ANTOINE.- Mugir ces féroces soldats?

BUFFON.- Para hacer el trabajo sucio de la revolución...

ANTOINE.- Ils viennent jusque dans vos bras,

BUFFON.- Robespierre, Marat, Danton, Desmoulins...

ANTOINE.- Égorger nos fils, nos compagnes!

BUFFON.- Capucha, ensayo, pose, pecho, culo, barbilla, mirada, mundo, temblores... ¿Sabes cuál es tu problema?

ANTOINE.- ¿Qué canto fatal?

BUFFON.- Que nunca has creído en el hombre.

ANTOINE.- ¡Ojalá ese fuera mi único problema!

BUFFON.- Es más grave de lo que parece Antoine, por eso no entiendes nada, por eso no puedes formar parte de ésta revolución, ni de ninguna revolución, la gente como tú hiede, está podrida por dentro Antoine, claro que sí, mi madre siempre lo decía «Buffon no te fíes de esa gente, están rotos, quebrados, por dentro, no por fuera». Si lo estuvieran por fuera serían tullidos, ¿verdad mama? «Claro que sí, que listo es mi hijito, el niño más listo de todo el Lecho de Pulgas» Gracias mami. Así que eso eres tú un tullido, un tullido interior, no exterior, no tienes fe Antoine, a nosotros nos han elegido para ser sacerdotes, para darle al pueblo la nueva comunión. Nosotros vamos a iniciar una nueva Era, esto es el carnaval eterno, los de arriba estarán abajo y los de abajo arriba, el mundo al revés, el gran macabro les ha soplado en el cogote a los que sostenían arcos y yugo, ha llegado el principio del fin, el apocalipsis del privilegio y el refinamiento. Nosotros somos su San Juan, escribiremos con sangre la llegada del Salvador que viene en forma de abogado de Arrás. Y cuando digo nosotros no me refiero a ti y a mí sino a todos los que hemos nacido en el Lecho de Pulgas y a los que nacieron antes que nosotros en el mismo lugar, y a los que nacieron antes, y a los de antes y así...

ANTOINE.- ¿Vas a volver otra vez con la historia de las suspirantes?

*(BUFFON lanza una cuchillada a ANTOINE. La acción se detiene. Entra UN HISTORIADOR viste chaqueta de tweed y gasta un fuerte acento del Cambridgeshire.)*

UN HISTORIADOR.- *(Al público.)* Llegamos al momento crítico de nuestra investigación. La documentación que encontramos en una vieja tienda del barrio parisino de Montparnasse se encontraba un tanto deteriorada, debido a la humedad que en la ciudad provoca el Sena, la mala calidad del papel empleado por el autor y, principalmente, al mastín del dueño al que le tuvimos que arrancar el pliego de la boca. Esto supuso una fractura en mi antebrazo derecho, lo cual explica mi brazo en cabestrillo, ya que el animal no se vio muy complacido de que le arrancara lo que consideraba su alimento y se ensañó con mi brazo. El dueño de la tienda tardó lo suficiente en reaccionar como para que el animal se diera un buen festín. Eso explica las salpicaduras de sangre en los documentos. Volviendo al caso, como ex-

plica el profesor Carlo Ginzburg en su excelente volumen, *El queso y los gusanos*, la microhistoria puede ayudarnos a dilucidar, vislumbrar, reinterpretar los grandes paradigmas en los que la historia europea se sustenta. Por lo que, yo, Sir Walter Houfstafen, sí, mi origen es alemán, como bien habrán podido suponer, me puedo atrever a afirmar, asegurar, aseverar que lo que narra este pliego cambiará, destruirá deformará la concepción que nosotros tenemos sobre la Revolución francesa. ¿Fue la ambición desmesurada de las clases populares la que terminó con este movimiento único en suelo continental? ¿O la falta de un discurso concreto por parte de los gobernantes? Tal vez la influencia del catolicismo y la colocación de Saturno sobre Júpiter fueron lo que provocó que la nave de la libertad encallara en el primer arrecife. Estos papeles recogen el pensamiento de un individuo anónimo, un tal Buffon, un habitante de un suburbio parisino que fue el verdugo de Luis XVI. ¿Qué piensa el regicida instantes antes de accionar la guillotina? ¿Cómo interpretar el ascenso de una clase desheredada que había pasado de dormir entre pulgas a lucir sedas y dormir en palacios?

*(La acción se inicia. BUFFON detiene la cuchillada justo cuando la hoja está a punto de clavarse en el pecho de ANTOINE.)*

BUFFON.- Ya estoy harto, se acabó, me he cansado, c'est fini. Siempre somos los mismos imbéciles a los que nos toca pagar el pato. Primero me manipula la propaganda de la revolución, luego tu palabrería y ahora me va a corregir un historiador del Cambridgshire. Me siento como un payaso de segunda fila, sin nariz ni maquillaje, ni tan siquiera sé hacer chistes o hacer tintinar los cascabeles de un gorro colorido que nunca elegí ponerme. Se acabó el espectáculo de marionetas, corto mis hilos, que sean otros los que bailen como osos de zíngaros. La bailarina de esta caja se música se apea aquí. Te quedas tú, con tu revolución o sin ella, con tu ejecución o sin ella. Au revoir!

*(BUFFON sale de escena. ANTOINE se encoge de hombros, se desviste, se pone las ropas de verdugo se prepara para salir.)*

TELÓN



*La Fortaleza*  
Ginés Sánchez

Melodrama en un solo cuadro



**Personajes:**

MAURICIO

FRANCISCA

*La acción transcurre en una biblioteca que hace las veces de despacho. Estamos a principios del siglo XX. Desde una gramola se escucha el inicio de La vida breve de Manuel de Falla.*



*(Entra en escena MAURICIO, 50 años, va vestido muy elegante pero no de moda española. Observa que nadie lo haya visto entrar. Su mirada recorre el espacio. Al ver una botella de coñac se sirve una copa, dejándose llevar por los recuerdos.*

*Al instante entra FRANCISCA, de la misma edad, revisando unas escrituras de propiedad, tiene un gran aire señorial.*

*MAURICIO está de espaldas. La gramola continúa sonando.*

*FRANCISCA al ver a un desconocido en su despacho, nerviosa, hace el intento de marcharse. En un instante la gran señora se aminora, pero toma aire... Y sacando fuerzas, apaga la gramola.)*

FRANCISCA.- Me aseguraron que no sería molestada en ningún momento... Por tanto espero que se marche usted, por su propio pie, de inmediato.

MAURICIO.- Tanto nos han cambiado los años, que no me reconoces.

FRANCISCA.- ¿Nos conocemos...?

MAURICIO.- Antes, eras capaz de mover cielo y tierra sólo para estar a mi lado... Pero ese tiempo pasó...

*(Tras un largo silencio.)*

FRANCISCA.- *(Atónita. Como si hubiera visto un fantasma.)* Mauricio...

MAURICIO.- *(Girándose.)* ¿Cómo estás Francisca?

*(Silencio.)*

MAURICIO.- *(Irónico.)* Te serviré una copa. La necesitas... Y te felicito por tu buen gusto, un coñac excelente.

FRANCISCA.- Llegaron noticias de que habías muerto...

MAURICIO.- *(Sirviendo el coñac.)* Varias enfermedades tuve. ¿Quién no las tiene en las Américas?

FRANCISCA.- ¿En las Américas?

*(MAURICIO le tiende la copa a FRANCISCA. Ella la rechaza, y él la deja en la mesa del escritorio.)*

MAURICIO.- Deduzco que no te han ido bien las cosas en estos años. El jardín de la entrada, que fue envidia en toda la comarca, apenas es lo que fue. Mantienes el mismo mobiliario... Parece como si esta casa se hubiese quedado estancada en el siglo pasado.

FRANCISCA.- ¿A qué has venido?

MAURICIO.- He sabido que tu hijo no ha llevado los negocios, como su padre.

FRANCISCA.- La gente habla demasiado.

MAURICIO.- ¿Tú crees?

FRANCISCA.- A ti parece, que sí te ha ido bastante bien.

MAURICIO.- ¡Así es!

FRANCISCA.- ¿Y vas a establecerte en nuestra comarca?

MAURICIO.- Mi hijo ha tenido la idea de montar una fábrica de conservas. Con la experiencia adquirida quizá podamos cumplir un viejo sueño.

FRANCISCA.- ¿Necesitas un préstamo Mauricio?

MAURICIO.- No quieras alardear de lo que ya no tienes, Francisca. El que ha venido a hacerte un favor, soy yo a ti.

FRANCISCA.- ¿Y qué quieres de mí?

MAURICIO.- ¡Comprar esta casa!

FRANCISCA.- ¡La Fortaleza no está en venta!

MAURICIO.- No disimules conmigo, Francisca... Al menos por el cariño que nos procesamos alguna vez.

FRANCISCA.- Ni las Américas han cambiado tus modales.

MAURICIO.- En toda la comarca no se habla de otra cosa. Tienes todos tus bienes embargados. Tu hijo no sólo resultó un nefasto empresario, sino también un mal jugador de cartas.

FRANCISCA.- Ahora te ves como un señor, y se te olvida de dónde vienes.

MAURICIO.- Yo no me avergüenzo de mi pasado. De que nací y me crié en unas caballerizas. Y que quise picar muy alto cuando me enamoré de la hija del dueño. Al menos durante un tiempo tuve sueños... La vida ha sido dura conmigo, pero nunca he perdido la ilusión por luchar y cambiar mi destino. En cambió tú, sigues anclada en todo lo que fuiste...

FRANCISCA.- Así me educaron.

MAURICIO.- Crecimos juntos de niños, nos comíamos el chocolate con picatoste debajo de la mesa de cocina de mi madre...

FRANCISCA.- No quiero recordar el pasado.

MAURICIO.- Te conozco mejor que nadie Francisca.

FRANCISCA.- ¡Tú que sabrás de mí!

MAURICIO.- Con solo mirarte, se que llevas muchos días sin dormir.

FRANCISCA.- No digas tonterías.

MAURICIO.- Tus ojos te siguen delatando, como entonces...

FRANCISCA.- La Fortaleza es mi legado. Es la casa que heredé de mis padres. Es mi patrimonio. Vender esta casa sería como borrar la historia de mis antepasados.

MAURICIO.- Creo que todo eso de poco vale. Tu primogénito se ha encargado de echarlo todo a perder.

FRANCISCA.- ¡Un hombre, es un hombre! Y se le tienen que permitir ciertos escarceos... Y él es igual que su padre...

*(MAURICIO observa a FRANCISCA. Ella se incomoda.)*

MAURICIO.- ¿Puedo hacerte una pregunta...? (Breve Pausa.) ¿Fuiste feliz en tu matrimonio...?

FRANCISCA.- Y qué más da lo que pueda decirte.

MAURICIO.- A mí me importa...

*(Silencio.)*

FRANCISCA.- Durante días espere tu vuelta... Fui perdiendo la ilusión... Terminé por aceptar un matrimonio de conveniencia. Fue el acontecimiento del año. Incluso de los venideros. Los Narváez, unidos a la familia Guerra. Los dos apellidos con más poder juntos para la eternidad. Mira de que ha servido tanta codicia.

MAURICIO.- Permanecí preso más de seis años... Tú padre estuvo detrás de todo... Incluso llegué a escribirte, pero dudo que recibieras mis cartas...

*(Silencio.)*

MAURICIO.- Deberías aceptar la propuesta de mi hijo. Vas a perderlo todo igualmente. Es todo lo que quería decirte... *(Tendiéndole la mano.)* Adiós Francisca.

FRANCISCA.- *(Aceptándola.)* Hasta pronto.

*(MAURICIO se dirige hacia la puerta del despacho. A FRANCISCA, se le ilumina de pronto la mirada.)*

FRANCISCA.- ¡Mauricio...! ¡Tu hijo, podría pagar nuestras deudas! Lo consideraríamos un préstamo... Sería una buena solución. Podríamos devolverle el dinero con la cosecha de los próximos años...

MAURICIO.- Acéptalo Francisca. La Fortaleza desaparecerá... Lo que mi hijo necesita es el terreno. La casa está junto al manantial. Y aquí se construirá la conservera. El dinero que recibas ahora por la finca te posibilitará vivir de forma holgada... Los tiempos cambian Francisca. Nuestros hijos no entienden de linajes, ni de patrimonio. El dinero es el que lo mueve todo, y el que lo prima todo...

*(De pronto se produce un silencio inesperado entre ellos. Se miran.)*

MAURICIO.- Estaré en la comarca durante un tiempo... Después volveré a América. Tengo todavía obligaciones que cumplir.

FRANCISCA.- Adiós, Mauricio...

MAURICIO.- *(Que no ha dejado de mirarla en todo momento.)*

Escrito está en mi alma vuestro gesto (\*)  
y cuanto yo escribir de vos deseo:  
Vos sola lo escribisteis; yo lo leo  
tan solo que aún de vos me guardo en esto.  
En esto estoy y estaré siempre puesto,  
que aunque no cabe en mí cuanto en vos veo,  
de tanto bien lo que no entiendo creo,  
tomando ya la fe por presupuesto.

FRANCISCA.- *(Sorprendida.)* ¿Aún lo recuerdas?

MAURICIO.- Como olvidarlo... Tú fuiste quien me lo enseñó...

*(MAURICIO comienza a salir de escena. El rostro de FRANCISCA está pálido, busca un abanico por la mesa de despacho, está sofocada, bebe de la copa de coñac. Los calores aumentan. Decide sentarse cerca de una ventana.)*

FRANCISCA.-

Yo no nací sino para quereros; (\*)  
mi alma os ha cortado a su medida;  
por hábito del alma misma os quiero...  
Cuanto tengo confieso yo deberos;  
por vos nací, por vos tengo la vida,  
por vos he de morir, y por vos muero.

*(La copa que sostiene FRANCISCA, entre sus manos, cae al suelo...)*

(\*) Soneto V. *Poesía de Garcilaso de la Vega*, Edición de José Manuel Blecua, Zaragoza, Editorial Ebro, 1941, pág. 94.







*Uno, dos y Frankie*  
Juan Valle



**Personajes:**

MARY KATE

FRANK

POLICEMAN



*(Porche de cualquier vivienda de cualquier barrio residencial de cualquier estado de los gloriosos estados unidos de américa. MARY KATE, de aniñado aspecto, y escueta vestimenta, lava, manguera en mano, un sofisticado automóvil, modelo deportivo. Junto a la lolita salpicante, un usado y viejo cubo metálico lleno de agua. En su interior, variados instrumentos de limpieza automovilística haciendo el muerto en un raro y espumoso líquido que en otro tiempo fue agua. A la izquierda, la puerta del hogar, en roble macizo, reluce bajo unas pequeñas bombillitas que iluminan también algún cautivador felpudo. FRANK, vestido con pijama y bata clínica, avanza tambaleante hacia la puerta, atravesando el bello camino de sillerías que cruzan el césped del jardín. Mientras, la joven, absorta en sus labores y en la música de sus auriculares, se abalanza contra el coche, tratando de alcanzar cualquier recoveco de suciedad fugitivo a su ágil bayeta. FRANK llega a la puerta empapado por la manguera de la joven.)*

*FRANK pulsa el timbre que queda a la derecha de la puerta, activando una traca de campanadas tan hogareñas o más que el felpudo.)*

MARY KATE.- *(Sin abandonar la exhaustiva limpieza del coche.)* Oiga, perdone, ¿puedo ayudarle?

FRANK.- *(Ignorando a la hija pulsa el timbre repetidas veces. Apenas perceptible, mientras escudriña por alguna de las ventanas de la casa .)* Pon tu nombre en el buzón, jodido vago. Por no levantarte del sofá eres capaz de...*(Vuelve a insistir con el timbre.)* Me duelen los pies... ¡Michael!...¡Michael!

MARY KATE.- *(Quitándose uno de los auriculares y sin dejar de rociar el coche.)* Oiga, ¿quién es usted?

FRANK.- ¡Abre la maldita puerta, Michael!

MARY KATE.- ¿Busca a Michael Sullivan?

FRANK.- Sal de tu jodida alcantarilla, ¡sucia rata! *(Vuelve a pulsar el timbre.)*

MARY KATE.- ¡Oiga! *(Se quita el otro auricular y apaga el aparato.)*

FRANK.- ¿Michael? ¿De veras crees que me voy a ir así como así? ¡Sé que estás ahí! ¡Ábreme la puerta o sal y da la cara!

MARY KATE.- ¿Perdone? *(Al dirigirse a él, vuelve a rociarlo con la manguera. Después apaga el agua.)* Oiga, no tiene buen aspecto... ¿Está ingresado en algún hospital de la zona?

FRANK.- Está bien, tú ganas... No me moveré de aquí. *(Escurriendo sus empapadas ropas.)* Aguardaré lustros de salpicaduras. ¿Crees que con esta enana de jardín puedes asustarme? ¡Podría mearme en la cara un querubín, soy duro!

MARY KATE.- *(Tras dejar la manguera, con extremo cuidado y delicadeza.)* Oiga, amigo. Busca a Michael Sullivan. Es mi padre. No está. No volverá hasta la semana que viene.

FRANK.- ¿Esta preciosidad es tu hija? (*Se pasea alrededor de ella, la observa y vuelve a dirigirse hacia la casa.*) ¡Ardo en deseos de ver a la señora Sullivan! Escogiste buena suma genética, condenado traidor del diablo.

MARY KATE.- Oiga, no sé quién es usted, pero voy a tener que llamar a la policía ahora mismo.

FRANK.- ¿En serio, Michael? No puedo creer que hayas educado a tu hija sin siquiera mencionar tu pasado. ¡Por las colinas de nuestra Oklahoma querida! ¡El chucho del señor Philbin te mordería el trasero una última vez si supiera que no es digno de tu recuerdo!

MARY KATE.- ¡Usted es de McCalester! Mi padre me lo ha contado todo a propósito de su niñez. El señor Philbin vivía...

FRANK.- Aquel sabueso nos perseguía como un majara por todo el condenado pueblo. ¡Maldito hijo de satanás! No había forma de evitarle. Una vez que le poníamos en marcha, no se detenía hasta que nos tenía entre las fauces. Suerte de sus dientes podridos. ¡Su mordisco era un masaje con geles malolientes! ¡Toda la rabia que volcaba el maltrecho can se convertía en cosquillas infinitas y risas mudas! ¿Recuerdas, sucia rata?

MARY KATE.- ¿Es usted uno de sus amigos?

FRANK.- Michael, Michael...

MARY KATE.- ¿Puede que sea Will?

FRANK.- ¿Cuántas veces tuve que zurrar a aquel condenado de Matt Maloy? Os salvaba el culo una y otra vez.

MARY KATE.- ¿Ed?

FRANK.- ¡Edward Finney y William Carpone, menudas nenazas! Los sábados que teníamos partido con otros institutos, cuando volvíamos a McCalester... ¿Te acuerdas?, me esperabais los tres a los pies de aquel autobús plateado... "Matt Maloy" decíais con los ojos clavados en el suelo... ¡Corríais para protegeros bajo mis alas y ahora te sobran los muros! ¡Mira tu casa!

(*Golpea físicamente partes de la casa.*)

MARY KATE.- No debe haberme hablado de ust...

FRANK.- ¡Papá te partiría en dos si supiera que no hablas de su primogénito a tus hijos!

MARY KATE.- Tío..

(*Sin dejar de dirigirse a la casa en ningún momento, FRANK rompe a llorar. Silencio.*)

FRANK.- Pequeño orejón...

MARY KATE.- ¡Frank!

FRANK.- «Frankie», tú nunca dejarás de llamarme así...¿Alguien se atrevería a usar diminutivos para referirse a Jesús muerto en la cruz? Los hermanos mayores y los padres son como dioses... ¿Negarás que me admirabas?

MARY KATE.- ¡Mi padre no hace más que hablar de ti, tío Frank!

*(Espídico.)*

FRANK.- “Frankie”, oí tu voz a través del pasillo.. «Mamá quiere que vaya al baile de graduación».. Mocosos intransigente...«Y yo quiero quedarme en casa escuchando a Philip Glass»...Querías ser como yo y no te atrevías...

MARY KATE.- ¿Quién es Philip Glass?

FRANK.- ¿Y te atrevías a cuestionar los cánones y las costumbres? ¿Cuánto te costó aprender el significado del término «PROTOCOLO»?

*(Mientras dice esta última palabra, coge el felpudo de la puerta y lo arroja lejos con rabia.)*

MARY KATE.- *(Visiblemente preocupada.)* Tío Frank, estás muy nervioso...¿Quieres que entremos dentro y llamemos a papá? ¿No te apetece un traguito de limonada bien fresquita? Hace un calor terrible aquí fuera.

FRANK.- *(Toda esta parte la dice al límite de sus fuerzas. Grita a la casa y a todo lo que le rodea.)* Te costó...Nos costó sangre, sudor y lágrimas que lo entendieras, pero ahora lo has entendido bien, ¿eh? ¡Eres un tópico! Un americano medio con limonada en la nevera. Ves los partidos por ESPN y no tienes ni puta idea de lo que se cuece más allá del mar que besa nuestras costas...Tu hija es rubia y tonta, tu casa es grande y cara, tu...*(Se interrumpe, está meándose encima. Parece disfrutar.)*

*(MARY KATE saca su móvil y marca. Apartándose lo suficiente para poder hablar.)*

FRANK.- Me duelen los pies, ¡maldición!

MARY KATE.- Hola, sí.. a la treintaiocho con la tercera.. Residencial Carnival...Sí...Vengan cuanto antes...

FRANK.- *(Sentándose en el escalón que antecede a la entrada, visiblemente agotado tras el sobreesfuerzo de las anteriores réplicas.)* Eres un mero producto de la sociedad que te rodea. Eres justo lo que más odiabas de mí, tu «admirado» hermano mayor...

MARY KATE.- Tío...

FRANK.- *(Aunque da la espalda a la casa, nunca deja de dirigirse a ella, inmóvil reflejo de su hermana.)* ¡Mira las nubes! Me figuro que ya no te acuestas a verlas. Esculturas arbitrarias, ¡el autocine popular!

MARY KATE.- Tío Frank, cuéntame...¿De dónde vienes?

FRANK.- Me duelen los pies.. He caminado mucho para poder venir a verte...¡La suela de mis zapatillas se marchó con mi buen juicio!

MARY KATE.- Tío Frank, tienes que escuchar atentamente lo que te digo... papá no está en casa...

FRANK.- ¿No?

MARY KATE.- No, tío Frank... Está de viaje con mamá.

FRANK.- ¡¿No?! *(Levantándose.)* ¿No he caminado los kilómetros que separan mi cueva de la tuya? ¿No llevas diez años sin interesarte por mí?

MARY KATE.- ¡Tío Frank, tienes que tranquilizarte!

FRANK.- ¿He venido aquí a aguantar a tu mocosa intransigente?¿No tuve suficiente contigo?

MARY KATE.- ¡Pronto estarás en casa, tío!

FRANK.- No pienso volver a ese lugar. ¡Ese sitio es una cárcel para gente no pecadora, para gente con el juicio nublado! ¡Tú me encerraste allí, no permitiré que vuelvas a cuestionar mi pensamiento! ¿Me oyes? Díselo a mamá, si la tienes a mano...En ese infierno las camas son más duras que las paredes...¿Dónde se ha visto eso?

MARY KATE.- Tío... la abuela murió hace ya cinco años

FRANK.- Mi cabeza no funciona como las vuestras, ¿eso me hace inaceptable para vuestro mundo? ¡Contéstame, madre! Los dos estáis tan muertos como estas piedras viejas que dividen tu jardín... Y sí, hablo con lo que no está. Y vosotros a eso le pusisteis un nombre y un jardín negro lleno de grilletes.

MARY KATE.- *(Sale de la escena.)* Venga por aquí, tenga cuidado...

FRANK.- "Frankie, estás loco" solías decir...Loco está el que encierra, no el encerrado...

MARY KATE.- *(Entra MARY KATE con un POLICEMAN)* Es inofensivo...

FRANK.- ¿Esa de ahí es tu mujer? Ven aquí que me presente...

*(El POLICEMAN, sorprendido reacciona amablemente. FRANK se acerca y le da dos besos en la mejilla.)*

FRANK.- Bella damisela...Lo vuelvo a reconocer, sabes escoger a las mujeres...

*(En una extraña reverencia, FRANK arranca la pistola del cinto del POLICEMAN y apunta al policía muy hábilmente.)*

FRANK.- Póngase de rodillas, sucio inepto... ¿Qué sabes tú de lo que se cuece en una familia que no sea la tuya? ¡Michael! Si no sales ya me obligarás a hacer alguna tontería... Los locos no medimos el alcance de nuestros actos...*(Al POLICEMAN)* ¡Baja la cabeza! *(Muy poco a poco, prepara la pistola y apunta a su sobrina.)*

MARY KATE.- *(Arrodillándose, perdiendo los nervios.)* Tío, ¿qué demonios haces? *(Llora desesperada.)*

*(FRANK avanza decidido y coloca el cañón del revólver aún más cerca de la cara de su sobrina, esta se cubre patéticamente con las manos, sin dejar de llorar e implorar ininteligiblemente.)*

FRANK.- ¡Voy a contar hasta dos, como decía el viejo! ¿Te acuerdas?? ¡MICHAEL! ¡Allá voy!

*(El POLICEMAN intenta levantarse, FRANK le golpea con la culata del revólver, dejándole visiblemente aturdido, tendido en el suelo.)*

FRANK.- ¡He dicho que allá voy! *(FRANK respira profundamente.)* ¡Uno!

*(MARY KATE trata de huir, pero es arrinconada por FRANK contra el coche.)*

FRANK.- Y...¡Dos!

*(FRANK mira a la puerta por última vez y abre la boca ostensiblemente, como quién bostezaba. Rápidamente, se coloca el cañón del revólver en la boca. Oscuro total.)*





# teatro-mínimo



**t** n° tres

